

La ruta al exterminio: Los procesos decisionales rebeldes y los orígenes del poder franquista durante la Guerra Civil

Ángel Alcalde
University of Melbourne
angel.alcalde@unimelb.edu.au

Traducido por Antonio Escobar Tortosa y revisado por el autor

Introducción

Un golpe de Estado fallido contra la Segunda República española, perpetrado por una coalición de oficiales del Ejército, fascistas y conservadores entre el 17 y el 19 de julio de 1936, transformó España en un campo de batalla europeo entre el fascismo y el antifascismo. La ayuda militar de Mussolini y Hitler permitiría más tarde a Franco convertirse en el líder indiscutido de los sublevados y, en último término, derrotar a la República, imponiendo un régimen extraordinariamente represivo. La violencia política, más que los combates, fue la causante de la mayoría de las víctimas del conflicto, tanto en las zonas sublevadas como en las republicanas. La represión franquista durante y después de la guerra produjo entre 100 000 y 130 000 muertes, de las cuales entre el 60 y el 80 % ocurrieron solo en 1936. Dado el alcance de la represión de Franco, la historiografía ha asumido con frecuencia la existencia de un «plan de exterminio» previamente elaborado que tenía como objetivo a un amplio sector sociopolítico, incluyendo a todos los grupos de izquierda.¹

Según esta interpretación, los franquistas planificaron cuidadosamente la represión, que se desarrolló en dos fases observables: el terror «caliente» y el terror «legal» o «frío».² La oleada inicial de violencia «caliente» comenzó con el golpe y se llevó a cabo principalmente mediante dos métodos de ejecuciones extrajudiciales: los llamados «pa-seos», en los que falangistas u otras milicias arrestaban a sus víctimas bajo cualquier pretexto, las llevaban a las afueras de pueblos y ciudades y las asesinaban; y las «sacas»,

¹ Alberto Reig Tapia, *Ideología e historia: Sobre la represión franquista y la Guerra civil* (Akal, 1985); Julián Casanova et al., *Morir, matar, sobrevivir: La violencia en la dictadura de Franco* (Crítica, 2002); Francisco Sevillano Calero, *Exterminio: El terror con Franco* (Oberon, 2004); Francisco Espinosa, ed., *Violencia roja y azul: España, 1936-1939* (Crítica, 2010); Paul Preston, *The Spanish holocaust: Inquisition and extermination in twentieth-century Spain* (Norton, 2012). El porcentaje de muertes en 1936 es de Javier Rodrigo, *Hasta la raíz: Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista* (Alianza, 2008), 42-43.

² Julián Casanova, «Rebelión y revolución», en *Víctimas de la Guerra civil*, ed. Santos Juliá (Temas de Hoy, 1999), 11-56.

durante las cuales grupos de prisioneros eran sacados de los centros de detención y fusilados en masa en las proximidades de los cementerios o en lugares secretos. Estos métodos produjeron decenas de miles de desapariciones, ya que habitualmente las víctimas eran arrojadas a fosas comunes. Las autoridades sublevadas a menudo citaban la aplicación del «bando de guerra» como justificación de los asesinatos. La fase posterior de terror «frío» comenzó a principios de 1937, cuando los consejos de guerra reemplazaron gradualmente la represión irregular. El resultado de esta farsa judicial era con frecuencia la pena de muerte por fusilamiento. En algunas zonas como la provincia de Badajoz, la primera fase «caliente» produjo un número considerablemente mayor de víctimas que la segunda o «fría» (Figura 1). En otras, como Galicia, el terror «frío» se limitó a reducir el ritmo de las muertes (Figura 2). Los expertos coinciden en que ambas fases formaron parte de un único proceso represivo que dio inicio con la sublevación de julio.³

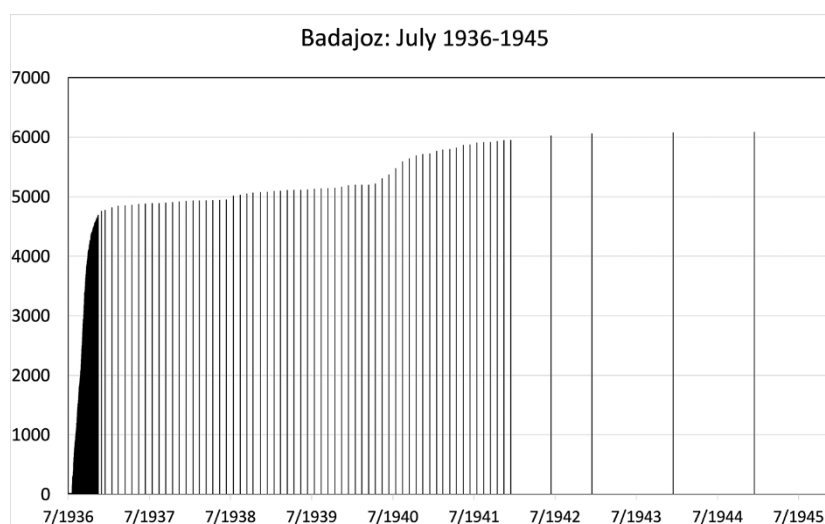


Figura 1. Cifra acumulativa de muertes como resultado de la represión franquista en la provincia de Badajoz entre julio de 1936 y 1945. Datos de Francisco Espinosa, *La columna de la muerte: El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz* (Barcelona, 2017).

La mayoría de los historiadores ve una intención preexistente de cometer asesinatos masivos en las conocidas «instrucciones» que el general Emilio Mola escribió al resto de conspiradores entre abril y julio de 1936. Mola, el director de la conspiración, determinó que la acción golpista debía ser «en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo» e indicó que, «desde luego, [serían] encarcelados todos los directivos de los Partidos Políticos, Sociedades o Sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose

³ Julio Prada Rodríguez, *La España masacrada: La represión franquista de guerra y posguerra* (Alianza, 2010), 119-215; Gutmaro Gómez Bravo y Jorge Marco, *La obra del miedo: Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)* (Península, 2011), 44; Peter Anderson, *Francoist military trials: Terror and complicity (1939-1945)* (Routledge, 2009).

castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas». ⁴ «Castigo ejemplar» era un eufemismo para referirse a fusilamientos. Tras recibir estas instrucciones, los conspiradores en las distintas regiones comprendieron que «todo sentido de moderación [quedaba] descartado» y redactaron instrucciones operativas adicionales para sus propios subordinados. ⁵ Los conjurados planearon imponer estas duras medidas con el marco pseudolegal del bando de guerra. Pero este no fue su único mecanismo de violencia. «En el primer momento» después del golpe, también «[debían] consentirse ciertos tumultos a cargo de civiles armados para que se eliminen determinadas personalidades, se destruyan centros y organismos revolucionarios». ⁶ Estas acciones las llevarían a cabo miembros de grupos paramilitares como los falangistas y los requetés tradicionalistas. Así, al iniciarse el golpe se desató la violencia en forma de paseos y consejos de guerra. Las sacas aceleraron el ritmo de las muertes. Al evaluar la naturaleza del exterminio franquista a partir de sus efectos, algunos historiadores han descrito el proceso como un «genocidio», ⁷ pero la mayoría de los expertos evita esta etiqueta y lo entiende más bien como una «limpieza política». Si bien la responsabilidad de los cabecillas militares resulta indiscutible, los historiadores citan los impulsos violentos desde abajo, la ideología, las políticas de ocupación, la barbarización y las dinámicas sociológicas como factores explicativos adicionales del elevado número de muertes. ⁸ Otros se han mantenido en todo momento escépticos respecto a la noción de «exterminio». ⁹ Para el historiador Julius Ruiz, el carácter burocrático y judicial de la represión franquista de la posguerra y su objetivo de castigar los «delitos de sangre» prueban que aquella no fue «exterminadora». ¹⁰ Sin embargo, determinar si, y en qué

⁴ Archivo General Militar de Ávila [AGMAV], C. 2102, 8, 1; Fernando Puell de la Villa, «La trama militar de la conspiración», en *Los mitos del 18 de julio*, ed. Francisco Sánchez Pérez (Crítica, 2013), 55-78; José María Iribarren, *Mola: Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional* (Zaragoza: Herald de Aragón, 1938), 50.

⁵ Instrucciones generales n.º 2 del General Varela, 5 de mayo de 1936. Archivo Municipal de Cádiz [AMC], Fondo Varela, 168-71, 619.

⁶ José del Castillo y Santiago Álvarez, *Barcelona, objetivo cubierto* (Timón, 1958), 164-65.

⁷ Antonio Míguez Macho, *The genocidal genealogy of Francoism* (Sussex Academic Press, 2016); Francisco Moreno Gómez, 1936: *El genocidio franquista en Córdoba* (Crítica, 1998).

⁸ Peter Anderson, *Friend or foe? Occupation, collaboration, and selective violence in the Spanish Civil War* (Sussex Academic Press, 2016); Miguel Alonso, «Civil war, total war, fascist war: Rebel violence and occupation policies in the Spanish Civil War (1936-1939)», en *Fascist warfare, 1922-1945: Aggression, occupation, annihilation*, ed. Miguel Alonso et al. (Springer, 2019), 73-95; Fernando Mikelarena, *Sin piedad: Limpieza política en Navarra, 1936. Responsables, colaboradores y ejecutores* (Pamiela, 2015), 47-64; Rafael Cruz, «Olor a pólvora y patria: La limpieza política rebelde en el inicio de la Guerra de 1936», *Hispania Nova* 7 (2007). <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier.htm#2>

⁹ Julius Ruiz, «A Spanish genocide? Reflections on the Francoist repression after the Spanish Civil War», *Contemporary European History* 14 (2005): 171-91; y Julius Ruiz, «Las metanarraciones del exterminio», *Revista de Libros* 172 (2011): 8-12. Sobre los debates conceptuales, véase Jorge Marco, «El eclipse de los conceptos: Sobre el debate de la violencia rebelde/franquista», *Historia Actual Online* 38 (20015): 163-76.

¹⁰ Julius Ruiz, *Franco's justice: Repression in Madrid after the Spanish Civil War* (Oxford University Press, 2005).

manera, la violencia sublevada en sus distintas fases fue o no exterminadora o genocida exige una mirada más atenta a la lógica de los perpetradores.

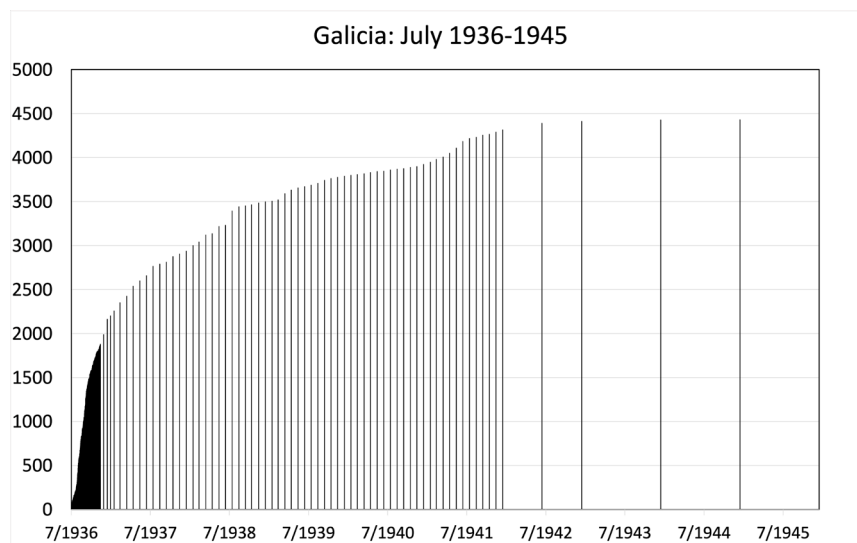


Figura 2. Cifra acumulativa de muertes como resultado de la represión franquista en Galicia entre julio de 1936 y 1945. Base de datos «Nomes e Voces», <http://vitimas.nomesevoces.net>.

A pesar de décadas de investigación, los mecanismos de toma de decisiones de la represión franquista siguen sin aclararse. Presentar las «instrucciones» de Mola como el origen de los asesinatos sistemáticos a escala nacional durante el conflicto resulta insuficiente por tres razones. En primer lugar, los conspiradores no previeron la guerra civil que crearía el contexto para el exterminio. Los planes de Mola buscaban asestar un golpe para derrocar al Gobierno del Frente Popular en cuestión de días. Los conspiradores planeaban establecer una dictadura militar para restaurar el orden público, instaurando «tribunales especiales» independientes del sistema judicial ordinario para castigar los delitos políticos con «la mayor energía y autoridad».¹¹ Pero no contaban con una hoja de ruta para llevar a cabo una depuración en masa en forma de asesinatos irregulares. Algunos grupos antirrepublicanos sí se habían preparado para una guerra civil prolongada, y Mola contemplaba la posibilidad de que fracasara la conquista de Madrid;¹² pero estos hechos no conllevan que la limpieza política debiera producirse del modo en que lo hizo. En segundo lugar, las instrucciones redactadas por Mola no indicaban los métodos ni la magnitud de los asesinatos que se materializarían con posterioridad. Mola recurrió a su experiencia como director general de Seguridad en 1930-31 para idear un futuro Estado policial, pero este punto no quedó plasmado en sus planes. En tercer lugar, considerando que la destrucción física de una parte significativa de la sociedad española era un asunto sensible y logísticamente complejo, las nuevas autoridades

¹¹ AGMAV, C. 2102, 8, 1/56; AMC, Fondo Varela, 168-71, 628.

¹² AGMAV, C. 2102, 8, 1/70; Puell, «La trama militar»; Ángel Viñas, *¿Quién quiso la guerra civil? Historia de una conspiración* (Crítica, 2019).

estatales tendrían que promover y ejecutar dicha política mediante decisiones, normas e instrucciones concretas. Mola carecía en un principio del poder necesario para convertir su visión personal en una política estatal de exterminio. Si finalmente tuvo lugar una limpieza política a escala nacional, ¿cuándo, cómo y por qué se tomaron y comunicaron las decisiones? ¿Qué implicaban exactamente? ¿Quiénes fueron los principales responsables?

Los expertos en represión franquista no han abordado aún de forma satisfactoria estas cuestiones fundamentales, una omisión que puede explicarse por el localismo de la historiografía española y por la falta de documentos que permitan rastrear las responsabilidades de los crímenes del franquismo. Solo el historiador Francisco Espinosa ha sugerido que, en algún momento a principios de agosto de 1936, las «más altas instancias golpistas» decidieron exterminar al enemigo, desdeñando por completo los procedimientos legales.¹³ Sin embargo, en contraste con esta perspectiva netamente intencionalista, Rafael Cruz ha sostenido, desde un enfoque estructuralista, que «no existió un origen único de la decisión ni un mando común de ejecución de la limpieza política».¹⁴ En este artículo, mediante una investigación exhaustiva del proceso de toma de decisiones de la represión franquista, mostraré cómo se pueden reconciliar estas dos visiones en apariencia opuestas.

Este artículo investiga los orígenes del exterminio sistemático de la izquierda española durante las primeras etapas de la Guerra Civil. Se apoya en los trabajos de numerosos historiadores que han estudiado la violencia franquista a escala regional y re-examina una considerable cantidad de evidencia empírica. Se inspira, además, en una consolidada tradición de investigación en estudios del Holocausto y el genocidio. Durante décadas, los historiadores intentaron documentar la decisión nazi de exterminar a los judíos europeos. La obsesión inicial por encontrar una *Führerbefehl*, una orden directa de Hitler, dio paso a debates entre intencionalistas y funcionalistas, así como a análisis sobre la compleja escalada en el proceso de toma de decisiones entre mediados de 1941 y principios de 1942.¹⁵ En este trabajo planteo preguntas similares en torno a las fechas claves, el contexto y la motivación de las decisiones trascendentales adoptadas en España en 1936. En casos como el de la «solución final» nazi, el contexto bélico facilitó un recrudecimiento de las políticas que desembocaron en el asesinato en masa. Esta es una de las razones por las que los investigadores han mostrado un creciente

¹³ Francisco Espinosa, *La justicia de Queipo: Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936. Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz* (Crítica, 2006), 257-61; y Francisco Espinosa, «El terror en la II División», en *Morir, matar, sobrevivir: La violencia en la dictadura de Franco*, ed. Julián Casanova et al. (Crítica, 2002), 83-84. Véase también Prada, *España masacrada*, 146-52.

¹⁴ Cruz, «Olor a pólvora», 14.

¹⁵ Christopher Browning, *The origins of the final decision: The evolution of Nazi Jewish policy, September 1939-March 1942* (University of Nebraska Press, 2004); Christian Gerlach, «The Wannsee Conference, the fate of the German Jews, and Hitler's decision in principle to exterminate all European Jews», *Journal of Modern History* 70 (1998): 759-812.

interés en las complejas relaciones entre genocidio y guerra,¹⁶ mientras que también se ha señalado que las propias dinámicas del combate pueden conducir a matanzas. El sociólogo Martin Shaw ha utilizado el término «guerra degenerada» para referirse a una modalidad de estrategia bélica que, de manera deliberada y sistemática, dirige sus ataques contra una población civil prácticamente desarmada. Según Shaw, el genocidio puede considerarse una extensión de la guerra degenerada, además de una forma específica de confrontación armada. A partir de esta interrelación entre genocidio y guerra degenerada, en este artículo estableceré una diferencia entre el plan de exterminio de los sublevados y la violencia asociada al combate que lo precedió y con la que llegó a solaparse.¹⁷

Los estudios sobre el Holocausto y el genocidio constituyen un referente metodológico para emplear documentación histórica en el análisis de los procesos decisivos vinculados al genocidio, particularmente en contextos de conflicto bélico. Los historiadores rara vez hallan evidencias documentales directas de cómo los perpetradores adoptan decisiones relacionadas con políticas homicidas; y, cuando las encuentran, los documentos que sugieren dichas decisiones suelen estar plagados de eufemismos, lenguaje informal y jerga castrense.¹⁸ Al intentar dilucidar los orígenes del exterminio franquista nos encontramos con los mismos obstáculos. Conscientes de que estaban cometiendo crímenes, quienes tomaban las decisiones mantuvieron intencionalmente tanto sus discusiones como sus resoluciones en secreto. Los investigadores solo pueden extraer conclusiones sobre este proceso decisorio a través de un minucioso reexamen de las pruebas a la luz de nuevas hipótesis, recurriendo a inferencias lógicas para conectar reuniones de las que existe constancia, el contexto militar y de seguridad, acontecimientos localizados, los movimientos de tropas y las pautas de ejecución de las víctimas.¹⁹ El mismo enfoque sirve para comprender cómo se aplicaron las políticas de asesinato masivo una vez acordadas. Los especialistas del genocidio armenio han examinado con detalle diversos documentos del Estado otomano para esclarecer de qué manera se tomaron las decisiones y cómo se transmitieron órdenes secretas para la deportación y el asesinato de los armenios en 1915.²⁰ En este artículo presto especial atención a los medios de

¹⁶ Jeffrey S. Bachman, «Four schools of thought on the relationship between war and genocide», *Journal of Genocide Research* 22 (2020): 479-501; Martin Shaw, *War and genocide: Organized killing in modern society* (Polity, 2008).

¹⁷ Shaw, *War and genocide*, 5.

¹⁸ Ronald Headland, *Messages of murder: A study of the reports of the Einsatzgruppen of the Security Police and the Security Service, 1941-1943* (Fairleigh Dickinson University Press, 1992).

¹⁹ Algunos ejemplos de esta metodología incluyen Ben Kiernan, *The Pol Pot regime: Race, power, and genocide in Cambodia under the Khmer Rouge, 1975-79* (Yale University Press, 1996), 31-64; Alex J. Kay, «Transition to genocide, July 1941: Einsatzkommando 9 and the annihilation of Soviet Jewry», *Holocaust and Genocide Studies* 27 (2013): 411-42; Jess Melvin, «Mechanics of mass murder: A case for understanding the Indonesian killings as genocide», *Journal of Genocide Research* 19 (2017): 487-511.

²⁰ Taner Akçam, *The Young Turks' crime against humanity: The Armenian genocide and ethnic cleansing in the Ottoman Empire* (Princeton University Press, 2012).

comunicación mediante los cuales los mandos sublevados coordinaron su proceso de toma de decisiones y transmitieron órdenes e instrucciones en todo el territorio sublevado.

Empleando esta metodología, expondré cómo los líderes sublevados —en particular Mola, Franco y Queipo de Llano— tomaron una serie de decisiones durante las primeras semanas de la Guerra Civil que condujeron a una política de exterminio de sus enemigos políticos. Explicaré las dinámicas de poder que marcaron el proceso de toma de decisiones, y cómo las políticas y personalidades de quienes las adoptaron se vieron reflejadas en distintas modalidades de asesinato en masa, incluidas las tácticas de guerra degenerada que precedieron y acompañaron dicha política de exterminio. Argumentaré que esta política puede interpretarse como una tercera fase de la represión, situada entre el terror «caliente» y el «frío», y vinculada con ambos. De este modo, el artículo no solo arroja luz sobre el proceso de toma de decisiones durante la represión franquista, sino también sobre la relación entre guerra y genocidio.

Guerra degenerada y toma de decisiones (19-28 de julio de 1936)

Los acontecimientos en la zona sublevada durante los diez días posteriores al golpe se caracterizaron por la heterogeneidad y la ausencia de un plan general para la represión. En esta fase, los rebeldes implementaron diversas formas de violencia letal en los distintos territorios bajo su control. En el sur, las tropas africanas emplearon tácticas de guerra degenerada destinadas a la «pacificación» del territorio; unas prácticas violentas que ya habían sido puestas a prueba en el conflicto colonial en Marruecos en la década de 1920.²¹ Al mismo tiempo, partidarios civiles llevaron a cabo asesinatos por cuenta propia en connivencia con los golpistas. Un tercer tipo de violencia represiva se manifestó en los consejos de guerra que condenaron a muerte a opositores al golpe. De este contexto caótico y en rápida evolución no se desprende ninguna política premeditada de exterminio. Sin embargo, como se verá, los cambios contextuales llevaron a los líderes sublevados a adoptar decisiones dirigidas a definir, intensificar y expandir la violencia.

La mayoría de los líderes que orquestaron la sublevación del 17 al 19 de julio de 1936 pertenecían a una casta de oficiales africanistas del Ejército que creían necesario purgar la sociedad del comunismo, el anarquismo, el marxismo, el separatismo y otros «males» para «salvar a España». Estos hombres se habían formado políticamente a través del combate en la guerra del Rif en los años veinte y fueron atentos observadores del avance de los regímenes fascistas.²² Tras la victoria electoral del Frente Popular en

²¹ Daniel Macías Fernández, *Franco «nació en África»: Los africanistas y las Campañas de Marruecos* (Tecnos, 2019), 273-315.

²² Paul Preston, *Franco: A biography* (Basic, 1993); Sebastian Balfour, *Deadly embrace: Morocco and the road to the Spanish Civil War* (Oxford University Press, 2002); Carlos Blanco Escolá, *General Mola: El ególatra que*

febrero de 1936, redoblaron sus esfuerzos conspirativos. En marzo, durante una reunión clandestina en Madrid, se comprometieron a derrocar al Gobierno por las armas. En abril, Mola, un introvertido y meticuloso organizador, se convirtió en «el Director» de la conspiración y emitió sus primeras «instrucciones». Desde su cuartel en Pamplona amplió sus contactos, obtuvo el respaldo de los tradicionalistas navarros y reclutó discretamente a oficiales de alto rango para el complot. Mola se reunió en varias ocasiones con el general Gonzalo Queipo de Llano, un militar republicano de carácter indiscreto y voluble, pero cuya confianza logró ganarse.²³ Es posible que discutieran qué métodos de represión habrían de implementarse tras la consumación del golpe. Menos probable parece que Mola compartiera dichos planes con el general Miguel Cabanellas —republicano y masón— cuando lo persuadió de sumarse a la sublevación. Los principales conspiradores de alto rango (Mola, Franco, Manuel Goded, Queipo de Llano, José Varela y otros) habían acordado emplear una violencia radical en su acción, pero la estricta vigilancia gubernamental dificultó el establecimiento de conversaciones discretas sobre los métodos represivos previstos. La mayoría de los oficiales comprometidos con la conspiración solo conocieron las instrucciones de Mola justo antes del golpe.²⁴ No obstante, algunos oficiales de menor rango, como el teniente coronel Juan Yagüe —amigo de Franco y de Mola—, pudieron deliberar sobre tácticas de guerra degenerada durante las maniobras del Ejército de África en Llano Amarillo, pocos días antes de la sublevación.²⁵ Los golpistas consideraban esencial la participación de las tropas africanas en el avance hacia Madrid y confiaban en un éxito fulminante. Dispuestos a emplear la violencia, los conspiradores generaron la posibilidad de cometer asesinatos en masa. Con todo, cabe concluir que no existía un plan de exterminio previo a la ejecución del golpe. Más bien, los conspiradores planeaban medios más convencionales de represión estatal —inspirados en lo que entonces se sabía de la Italia fascista y la Alemania nazi—, los cuales, una vez cayera el Gobierno republicano, serían implementados por una dictadura militar bajo la dirección del general monárquico Sanjurjo.

La violencia de la sublevación contra la República generó, sin embargo, un contexto inesperado. Fieles a los planes de asestar un golpe mortal al Ejecutivo republicano, los sublevados en el protectorado de Marruecos ejecutaron de manera sumaria a cerca de quinientos opositores desde el mismo 17 de julio y encarcelaron a numerosas personas. Durante los dos días siguientes, el golpe se materializó en distintas ciudades

provocó la Guerra Civil (Esfera de los Libros, 2002); Gustau Nerín, *La guerra que vino de África* (Crítica, 2005); Macías Fernández, *Franco «nació en África»*.

²³ Rúben Serém, *A laboratory of terror: Conspiracy, coup d'état, and civil war in Seville, 1936-1939* (Sussex Academic Press, 2017), 30-33; Iribarren, *Mola*, 59-66.

²⁴ Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936: Conspiración y alzamiento contra la Segunda República* (Barcelona, 2011), 112-14.

²⁵ Véase la correspondencia entre Varela y otros conspiradores como Mola, Yagüe, Orgaz y Franco en AMC, Fondo Varela, 168-71, 638-60; Blanco Escolá, *General Mola*, 273; C. G. Ortiz de Villajos, *De Sevilla a Madrid: Ruta libertadora de la columna Castejón* (Granada: Librería Prieto, 1937), 18.

españolas de acuerdo con un patrón similar, a medida que los conspiradores tomaban el poder en varias «divisiones» territoriales y provincias. Queipo usurpó el mando de la II División Orgánica en Sevilla; el general Andrés Saliquet, el de la VII División en Valladolid. Los insurgentes lograron hacerse con la VIII División, en el noroeste peninsular. El 19 de julio, en Pamplona, parte de la VI División, Mola publicó el bando de guerra y comenzó a dictar órdenes; se reunió con un grupo de autoridades civiles que apoyaban la insurrección, a quienes, según se informó, dijo: «Hay que sembrar el terror [...] cualquiera que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado».²⁶ Mola confió el «orden público», incluidas las competencias represivas, a algunos de sus colaboradores más cercanos, y se marchó de la capital navarra.²⁷ Entretanto, Cabanellas encabezó la insurrección en la V División en Zaragoza, desde la que enviaría armas a las tropas de Mola. Goded se apoderó de Mallorca, pero cedió el mando y, en una acción mal planificada, voló a Barcelona para encabezar allí el levantamiento. En Cataluña, el golpe fracasó: Goded fue arrestado, juzgado por traición y, finalmente, ejecutado por la República. Tal como Mola había previsto, el golpe fracasó también en Madrid, pero logró desestabilizar al Gobierno.²⁸

El 19 de julio, las tropas africanas sublevadas trasladaron sus métodos violentos a la España peninsular. Mola y Varela habían planeado enviar unidades de élite desde Marruecos a Andalucía. Una vez allí, debían avanzar rápidamente hacia Madrid. Este plan dependía de que la marina también se sublevara. En la madrugada del 19 de julio, una compañía de tropas de regulares marroquíes, escoltada por el destructor *Churruca*, desembarcó en Cádiz. Varela los recibió y envió una unidad de regulares a Sevilla para apoyar a Queipo.²⁹ Otros contingentes de regulares desembarcaron en Algeciras. Estas tropas indígenas cometieron actos de violencia extrema en La Línea, cerca de Gibraltar, ya el 19 de julio. Según informó un diplomático francés, cuando marchaban por las calles «se dispararon algunos tiros contra los marroquíes». Esta acción tuvo una «respuesta inmediata» y las tropas se convirtieron en «dueñas de la ciudad»; «hubo escenas de horror, pillaje e incendios»; «los marroquíes usaron granadas de mano y mataron a un gran número de personas, en particular a muchos niños y mujeres».³⁰ Mientras tanto, escuadrones de legionarios bajo el mando del comandante Castejón volaron a Sevilla y aterrizaron en el aeródromo de Tablada. De inmediato, Queipo les ordenó asaltar los barrios

²⁶ Juan de Iturralde, *El catolicismo y la cruzada de Franco* (Bayona: Egi-Indarra, 1955-65), 2:88. Los historiadores se hacen eco de la afirmación de Iturralde de que Mola hizo llegar estas instrucciones a varios alcaldes de Navarra, pero el 19 de julio Mola se reunió solo con el alcalde de Pamplona y otros miembros de las instituciones provinciales. Véase AGMAV, C. 2102, 8, 1/40.

²⁷ Fernando Mikelarena, «Estructura, cadena de mando y ejecutores de la represión de boina roja en Navarra en 1936», *Historia Contemporánea* 53 (2016): 593-621.

²⁸ Nerín, *La guerra que vino de África*, 256; Miranda, *Julio de 1936*, 139-86; Serém, *A laboratory of terror*; Arturo García Álvarez-Coque, *La fractura del ejército ante el 18 de julio: El Estado Mayor en la Guerra Civil* (Comares, 2018), 21-109.

²⁹ AMC, Fondo Varela, Archivo Varela, 14-51, informe del comandante Oliver Rubio.

³⁰ Archives Diplomatiques, Ministère des Affaires Etrangères, Europe 1919-40, Espagne, P19228.

donde algunos izquierdistas habían organizado una resistencia con barricadas. En la mañana del 21 de julio, los legionarios de Castejón aplastaron la resistencia obrera en Triana empleando tácticas de guerra degenerada, entre ellas el uso de mujeres y niños como escudos humanos.³¹ Esa misma tarde, en el norte, Mola, tras visitar las ciudades sublevadas de Logroño, Zaragoza y Burgos, y observar el entusiasmo popular por el golpe en Navarra, envió un telegrama a Franco y a las fuerzas africanas describiendo los objetivos del movimiento como «conseguir una España libre donde impere orden, paz, justicia, trabajo y amor».³² El plan de una toma del poder violenta pero rápida parecía encaminarse al éxito.

Para entonces, no obstante, los sublevados se enfrentaban a una doble complicación estratégica en el sur. En primer lugar, los marineros leales a la República se habían amotinado contra los oficiales navales insurgentes, tomando el control de los buques de guerra e interrumpiendo así el transporte de tropas rebeldes a la Península. En segundo lugar, la mayoría de los pueblos y localidades del sur ofrecieron resistencia: los comités del Frente Popular lograron armarse, se sitiaron cuarteles de la Guardia Civil y se arrestó a elementos derechistas. Solo las ciudades de Sevilla, Cádiz, Córdoba y Granada, junto con algunos pueblos como Écija, quedaron parcialmente bajo control sublevado, rodeadas por una población en su mayoría hostil. Si bien los conspiradores habían previsto la huelga general que se convocó en oposición al golpe, Queipo comenzó a mostrarse cada vez más irritado e inquieto. En este contexto, los rebeldes adoptaron una serie de decisiones que transformaron el intento de golpe de Estado en una guerra civil abierta, constituyendo además un paso necesario hacia la implantación de una política represiva de exterminio.

Queipo estaba determinado a consolidar el control sublevado en el sur, fiel al plan de Mola. Primero necesitaba someter Sevilla, luego establecer comunicación con otras posiciones sublevadas y restablecer las líneas de suministro. Las «instrucciones» de Mola a la II División indicaban que la «huelga general» debía ser abortada con «gran energía».³³ Siguiendo esta estrategia, Queipo emprendió una implacable «pacificación» de las provincias de Sevilla y Córdoba para que las tropas africanas pudieran avanzar sobre Madrid. Así, Carmona y Alcalá de Guadaira estuvieron entre las primeras localidades del sur donde los sublevados masacraron a civiles. En el municipio de Arahal, el 22 de julio, la matanza alcanzó proporciones abrumadoras cuando los rebeldes descubrieron que varios detenidos derechistas habían sido quemados vivos por individuos no identificados en medio del pánico provocado por el asalto de los sublevados. Tal como Queipo anunció públicamente, las tropas rebeldes «castigaron» aquella atrocidad con «una

³¹ Juan Ortiz Villalba, *Del golpe militar a la guerra civil: Sevilla 1936* (RD Editores, 2006).

³² AGMAV, C. 2550, 1, 2/130.

³³ Miranda, *Julio de 1936*, 104.

razzia espantosa». ³⁴ En el marco de esta operación de eliminación sistemática, los sublevados ejecutaron a decenas de sospechosos izquierdistas en la plaza pública tras un somero interrogatorio. ³⁵ Mientras tanto, en el norte del país, los insurgentes tomaban localidades aún leales a la República para facilitar el avance hacia Madrid de las columnas de Mola. Las operaciones de limpieza dieron pie a ejecuciones irregulares, ³⁶ pero la cifra de víctimas fue considerablemente menor que en el sur. En todos los frentes, las «instrucciones» de Mola determinaron el ritmo y la naturaleza de las muertes, pero fue en el sur donde las tácticas de guerra degenerada y la intensificación de la política represiva transformaron la naturaleza y el alcance de la violencia.

En Andalucía, Queipo estimó necesario un recrudecimiento de la represión. En la mañana del 23 de julio resultaba ya evidente que el golpe no había triunfado. Constatando que sus bandos no habían sido obedecidos, Queipo anunció por radio que quienes resistieran serían ejecutados sumariamente, sin juicio alguno, con su tristemente célebre exhortación a la población a «matar como a un perro a cualquiera que se atreva a ejercer coacción ante vosotros» para secundar la huelga, ³⁷ legalizando así abiertamente el asesinato. Queipo telegrafió sus nuevos bandos a los mandos rebeldes del Ejército y de la Guardia Civil en la región para su puesta en práctica. Cualquiera que desobedeciera debía ser ejecutado en el acto. Al día siguiente, Queipo adoptó medidas aún más radicales. Su nuevo bando anunciaba que, en los lugares donde se hubiesen cometido «actos de crueldad» con anterioridad a la llegada de las tropas sublevadas, «serán pasados por las armas, sin formación de causa, las directivas de las organizaciones marxista o comunista que en el pueblo existan»; si no era posible detener a estos dirigentes, se ejecutaría a «un número igual de afiliados arbitrariamente elegidos». ³⁸ Además, telegrafió esta orden homicida a otros mandos sublevados en el sur, entre ellos a Ciriaco Cascajo en Córdoba. ³⁹ En Andalucía, Queipo dio un paso crucial hacia el exterminio al recrudecer su política represiva: pasó del propósito inicial de paralizar al enemigo a una nueva función retributiva ejemplarizante de la violencia, prescindiendo por completo del marco legal.

Entretanto, el 23 de julio, los generales sublevados del norte llegaron a Burgos y se reunieron para deliberar sobre la situación estratégica. Sabían que el general Sanjurjo

³⁴ Ian Gibson, *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936 (con las charlas radiofónicas completas)* (Grijalbo, 1986), 174.

³⁵ José María García Márquez, *Una razia espantosa: Arahal, 1936* (Asociación por la Memoria Histórica de Arahal, 2016). Las descripciones de esta masacre indican que las tropas sublevadas realizaron juicios sumarios relámpago antes de ejecutar a los civiles.

³⁶ Julia Cifuentes y Pilar Maluenda, *El asalto a la República: Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)* (Institución Fernando el Católico, 1995); Mikelarena, *Sin piedad*.

³⁷ Gibson, *Queipo de Llano*, 165.

³⁸ José María García Márquez, *Las víctimas de la represión militar en la provincia de Sevilla (1936-1965)* (Sevilla, 2012), 132-33; Julio de Ramon-Laca, *Bajo la férula de Queipo: Cómo fue gobernada Andalucía* (Sevilla, 1938), 18, 22, 28-29.

³⁹ Francisco Moreno Gómez, *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)* (Madrid, 1986), 130.

había muerto en un accidente y que el golpe había fracasado en varias regiones. Los conspiradores monárquicos maniobraron velozmente para ocupar el inesperado vacío político que dejó la muerte de Sanjurjo. La tarde del 23 de julio, los generales Cabanellas (jefe de la V División), Saliquet (jefe de la VII División), Miguel Ponte y Manso de Zúñiga, Mola y Fidel Dávila, junto con los coroneles Federico Montaner y Fernando Moreno Calderón, constituyeron una Junta de Defensa Nacional (JDN). Dado que el golpe parecía condenado al fracaso, Mola y los monárquicos habían acordado ofrecer la presidencia de la JDN al oficial de mayor antigüedad, Cabanellas, a pesar de su republicanismo.⁴⁰ Al día siguiente, no obstante, mientras las columnas rebeldes avanzaban hacia Madrid, la JDN nombró a Mola jefe del Ejército del Norte y a Franco jefe de los Ejércitos del Sur y de África. Franco, que era el principal líder sublevado y se hallaba en Marruecos, y Queipo, en el sur, fueron informados de estos nombramientos por radiograma.⁴¹ Si los planes de Mola hubiesen tenido éxito, Madrid habría capitulado en los días siguientes ante la presión de las columnas sublevadas. Sin embargo, el 24 de julio las milicias republicanas derrotaron a las columnas del norte en Guadarrama y detuvieron el avance de los sublevados. Para empeorar todavía más la situación, las tropas africanas estaban tardando más de lo previsto en alcanzar Andalucía por vía aérea, donde se las requería con urgencia para la «pacificación» de Sevilla y Córdoba.

Así, entre el 25 y el 29 de julio se configuró un nuevo contexto en el que algunos dirigentes sublevados comenzaron a dudar seriamente de la posibilidad del triunfo.⁴² Resulta pertinente observar cómo los rebeldes en ambas zonas, separadas por territorio republicano, adoptaron decisiones que los encaminaron hacia una política de exterminio de la izquierda. En la región meridional, Queipo mostró escasas vacilaciones. Significativamente, el 25 de julio nombró a un capitán de la Legión, Manuel Díaz Criado, delegado militar de Orden Público en la zona sur, otorgándole un poder considerable para llevar a cabo la aniquilación de la izquierda sevillana.⁴³ Esa noche, en uno de sus ya habituales discursos radiofónicos, Queipo advirtió a los andaluces de que, por cada asesinato cometido por la izquierda, mataría «al menos a diez» de los suyos como represalia.⁴⁴ Alardeó incluso de que en algunos pueblos los sublevados ya habían matado en una proporción aún mayor. Queipo estaba imponiendo un régimen de terror mediante

⁴⁰ AGMAV, C. 2102, 8, 1/50: «Diario de actividades del Gral Mola»; *Heraldo de Zamora*, 26 de julio de 1936, 1; *Diario de Burgos*, 25 de julio de 1936, 3; Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales*, vol. 2, *La lucha por el poder* (Planeta, 1977), 219-236; Javier Tusell, *Franco en la Guerra Civil: Una biografía política* (Tusquets, 1992), 34-39.

⁴¹ Francisco Espinosa, *La columna de la muerte: El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz* (Barcelona, 2017), 1.

⁴² Iribarren, *Mola*, 130-33; Cabanellas, *Cuatro generales*, 2:223-24.

⁴³ Ortiz Villalba, *Sevilla 1936*, 190-97.

⁴⁴ Gibson, *Queipo de Llano*, 185, 191.

la propaganda radiofónica y los asesinatos.⁴⁵ Sin embargo, en esta etapa, la mayoría de las víctimas de la violencia rebelde en el sur se debieron a la ocupación militar paulatina de pueblos y ciudades, a ejecuciones públicas «ejemplarizantes» y a tácticas de guerra degenerada.

En cualquier caso, los métodos empleados por las columnas en el sur demuestran que los oficiales sublevados llegados desde Marruecos no pretendían únicamente sofocar la resistencia civil, sino también eliminar a quienes percibían como enemigos, incluso si estos no se habían opuesto al golpe de manera activa. La columna de Castejón destacó por su uso de diversas modalidades de guerra degenerada. El 24 de julio, Castejón entró en el pueblo de Valencina, cerca de Sevilla. Sus tropas sacaron a cuarenta y ocho prisioneros del centro de detención local y los trasladaron a otro pueblo atados con una soga. Al menos nueve fueron asesinados por el camino. Al día siguiente, Castejón ocupó Morón, donde las fuerzas republicanas habían rechazado un ataque anterior; su columna no encontró resistencia, pero aun así ejecutaron a numerosas personas.⁴⁶ No solo los legionarios de Castejón mataron a un gran número de civiles. En la provincia contigua de Córdoba, una columna de guardias civiles y voluntarios llegó a Fernán Núñez el 25 de julio. Decenas de civiles fueron arrestados, atados con una soga, llevados a las afueras del pueblo y fusilados. Un periodista llegó a fotografiar el asesinato.⁴⁷ Posteriormente, los cuerpos fueron quemados. Las columnas sublevadas que partían desde Córdoba estaban coordinadas por el coronel africanista Eduardo Sáenz de Buruaga, quien había liderado el golpe en Tetuán y había llegado a Sevilla y Córdoba para encargarse de las operaciones de «pacificación». La acción más brutal de sus columnas tuvo lugar el 28 de julio, tras la toma de Baena y la liberación del cuartel de la Guardia Civil, que se encontraba cercado. Los sublevados ordenaron a todos los varones adultos de la localidad que se concentraran en una avenida y se tendieran boca abajo en el suelo. A continuación, los oficiales asesinaron a muchos de ellos con disparos de arma de fuego. Los pocos supervivientes recibieron un brazalete blanco que los identificaba como indultados.⁴⁸ Las ejecuciones multitudinarias en plazas públicas y los fusilamientos de prisioneros a plena luz del día a las afueras de las localidades se repitieron por todo el sur en las semanas

⁴⁵ Los historiadores han dado gran relevancia a un presunto discurso radiofónico de Queipo del 23 de julio, en el que habría celebrado la violación de mujeres «rojas» por parte de sus tropas. Sin embargo, investigaciones rigurosas han demostrado que ese mensaje radiofónico es apócrifo, y que la violencia sexual proliferó a partir de finales de julio de 1936 como subproducto del contexto bélico y de exterminio, más que como parte de una política genocida. Véase Ángel Alcalde, «Queipo de Llano, Koestler y las violaciones de mujeres en la guerra civil española», en *Mujeres, género y violencia en la guerra civil y la dictadura de Franco*, ed. Conxita Mir y Ángela Cenarro (Prensas de la Universitat de València, 2021), 81-116.

⁴⁶ García Márquez, *Las víctimas de la represión militar*, 53; José María García Márquez y Miguel Guardado Rodríguez, *Morón: Consumatum est, 1936-1953. Historia de un crimen de guerra* (Planta Baja, 2011).

⁴⁷ Moreno Gómez, *La Guerra Civil en Córdoba*, 80.

⁴⁸ Arcángel Bedmar González, *Baena roja y negra: Guerra Civil y represión (1936-1943)* (Juan de Mairena, 2013).

que siguieron.⁴⁹ Las prácticas de Castejón anticiparon el método de exterminio que más tarde se conocería como *saca*. Tras entrar con sus tropas en los pueblos, exigía a las autoridades sublevadas locales que entregaran a los prisioneros izquierdistas más prominentes a su columna, y luego los asesinaba en alguna cuneta. Estos métodos de guerra degenerada fueron luego adoptados por otras columnas activas en el sur y probablemente inspiraran los procedimientos de ejecución que Díaz Criado llevó a cabo en Sevilla.

No obstante, los sublevados de Burgos tenían aún sus dudas respecto al éxito global de la operación. Su vacilación explica por qué la estremecedora violencia desatada con el golpe se mantuvo estable en las regiones del norte bajo control rebelde. Durante este período, la mayor parte de las muertes fueron consecuencia de operaciones militares contra focos de resistencia armada. Las detenciones continuaron, saturando rápidamente las cárceles. Se iniciaron consejos de guerra contra oficiales del Ejército, políticos y civiles que se habían opuesto al golpe de manera frontal. Con todo, las estadísticas y bases de datos disponibles sobre la violencia franquista muestran de forma sistemática una cifra notablemente baja de víctimas mortales en los últimos días de julio de 1936. Una caída especialmente perceptible en las regiones que ofrecieron poca o ninguna resistencia a los sublevados, como la Rioja Alta y Segovia (véanse Figuras 3 y 4). Este breve pero significativo paréntesis en la aplicación de la violencia represiva ha pasado casi desapercibido para la historiografía. En general, los investigadores han asumido que el proceso de exterminio comenzó con el golpe y avanzó sin pausa hasta la judicialización de 1937. A veces han atribuido este inicio diferido del exterminio a problemas logísticos relacionados con las detenciones, a la lentitud de los procesos judiciales, de la ejecución de las sentencias de muerte y otras medidas contempladas en el supuesto plan.⁵⁰ Sin embargo, los hechos contradicen esta explicación. Ya el 29 de julio, en Sevilla, el sanguinario Díaz Criado, desde su cargo como delegado militar de Orden Público, había logrado investigar y liberar a decenas de sospechosos reclusos en la prisión de Sevilla, que fueron puestos en libertad ese mismo día.⁵¹ Si los asesinatos en masa hubieran sido planeados como parte esencial del golpe, podrían haberse sucedido desde el mismo 19 de julio.

⁴⁹ García Márquez, *Las víctimas de la represión militar*; Moreno Gómez, *La Guerra Civil en Córdoba*.

⁵⁰ Cifuentes y Maluenda, *El asalto a la República*, 180.

⁵¹ Archivo Histórico Provincial de Sevilla, Prisión Provincial, legajo 28831, n.º 1, listado de setenta y un presos liberados por orden del general de la II División. Esta excarcelación masiva no se trató de una *saca*: la mayoría de los prisioneros carecía de filiación izquierdista, y algunos fueron detenidos nuevamente meses después. Véase también García Márquez, *Las víctimas de la represión militar*.

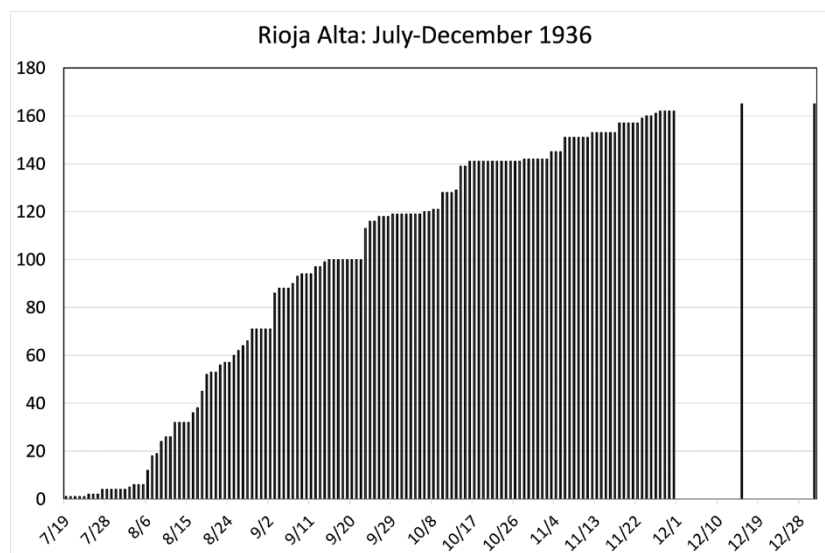


Figura 3. Cifra acumulativa de muertes como resultado de la represión franquista en la región de Rioja Alta, julio-diciembre de 1936. Datos de Carlos Gil Andrés, *Lejos del frente: La Guerra Civil en la Rioja Alta* (Crítica, 2006).

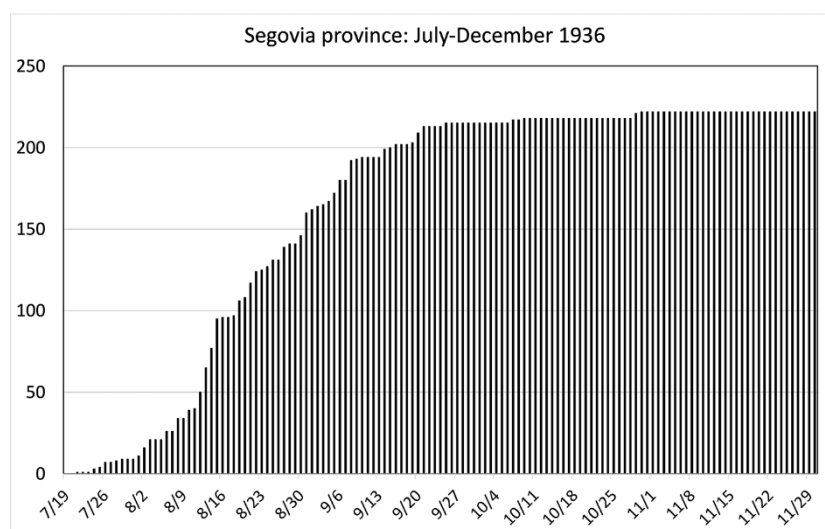


Figura 4. Cifra acumulativa de muertes como resultado de la represión franquista en la provincia de Segovia, julio-diciembre de 1936. Datos de Santiago Vega Sombria, *De la esperanza a la persecución: La represión franquista en la provincia de Segovia* (Crítica, 2005).

Mi conclusión es que el estancamiento de la violencia observable claramente en la zona norte, y que también se aprecia en el sur, obedeció a la naturaleza del proceso de toma de decisiones. Más precisamente, se debió a la ausencia de órdenes e instrucciones específicas para proceder a un exterminio del enemigo por medios extrajudiciales. En otras palabras: a la ausencia de un «plan de exterminio» concebido con anterioridad. Antes del golpe, es posible que algunos de los principales conspiradores tuvieran la *intención* de exterminar físicamente al enemigo, pero no un plan. Mola, Queipo, Franco y los oficiales africanistas que comandaban columnas en el sur (Castejón, Yagüe, Sáenz de

Buruaga, Varela) no solo estaban dispuestos a poner en marcha una política de exterminio: también recurrieron a métodos de guerra degenerada que le sirvieron de antesala. Pero la guerra degenerada y los «castigos ejemplares» públicos carecían de una lógica de exterminio subyacente: su objetivo era, más bien, doblegar la resistencia y afianzar el control de los territorios. En el norte, donde las tropas no emplearon estas tácticas, los sublevados mataron siguiendo los métodos descritos en las instrucciones de Mola (tolerando «tumultos a cargo de civiles armados» para eliminar a personalidades prominentes de la izquierda). En Navarra, Mola desató una purga masiva con sus órdenes de sembrar el «terror» del 19 de julio. Sin embargo, solo en esta región hubo asesinatos en masa con diez o más víctimas antes de finales de julio.⁵² Las aparentes excepciones confirman esta regla y sugieren que las prácticas de protoexterminio en el norte peninsular procedían del ámbito de influencia de Mola. Su nombramiento como jefe del Ejército del Norte el 24 de julio facilitó el trasvase de métodos represivos. El 25 de julio, una columna de mil seiscientos requetés bien armados procedentes de Navarra llegó a Zaragoza, donde, en la noche del 26 de julio, un grupo de voluntarios sublevados «muy jóvenes» sacó a nueve detenidos izquierdistas de una comisaría, los llevó a las afueras y abrió fuego contra ellos, matando a «dos o tres», según relató un superviviente.⁵³ En Jaca, en el norte de Aragón, en la noche del 27 al 28 de julio, los rebeldes ejecutaron sumariamente a un grupo de quince detenidos tras un juicio rápido. La población local quedó aterrorizada. Sin embargo, los autores de la ejecución recibieron instrucciones no desde Zaragoza, sino desde la cercana Pamplona, el centro de operaciones de Mola.⁵⁴ Aquellas fueron las primeras matanzas de esa clase en toda la V División, hasta entonces bajo el mando de Cabanellas. A pesar de estos casos, las pruebas indican que los altos mandos sublevados aún no habían dado órdenes o instrucciones de llevar a cabo una purga masiva de la sociedad española mediante la eliminación física de los «marxistas»; por lo menos, aún no.

Decisiones de exterminio (28 de julio a 1 de agosto de 1936)

Un punto de inflexión hacia la homogeneización de la violencia sublevada en forma de política de exterminio se produjo los días 28 y 29 de julio de 1936. Las decisiones claves se tomaron en Burgos, en el marco de las reuniones de la Junta de Defensa Nacional. Todas las pruebas apuntan a que Mola fue una figura decisiva, mientras que el general Cabanellas, presidente de la JDN, no desempeñó papel alguno. Tras las reuniones inaugurales de la Junta los días 23 y 24 de julio, Cabanellas emprendió una gira de

⁵² Mikelarena, *Sin piedad*, 150.

⁵³ Archivo del Juzgado Militar Togado de Zaragoza n.º 32, Sumario 1670/6.

⁵⁴ Esteban C. Gómez, *El eco de las descargas: Adiós a la esperanza republicana* (Escega, 2002), 149-61.

propaganda por el norte y estuvo en gran parte ausente de la ciudad.⁵⁵ En Burgos, Mola continuó con su frenética actividad como jefe del Ejército del Norte y tomó parte en las maniobras políticas que conducirían a la declaración de guerra total. Los conspiradores sabían que su situación era crítica: la resistencia era mucho mayor de lo esperado, la JDN no fue reconocida por potencias extranjeras y la ayuda militar de las potencias fascistas, que fue aprobada por Hitler el 25 de julio y confirmada por Mussolini el 27, aún no se había recibido. Mola consideró la idea de retirar sus tropas al río Duero (su plan de contingencia).⁵⁶

En esta situación, la JDN se vio obligada a formular una política represiva para hacer frente a los acontecimientos que se sucedían en el norte bajo control sublevado. El 28 de julio, la JDN en Burgos comenzó a recibir información sobre consejos de guerra en los que nuevas autoridades sublevadas en provincias condenaban a muerte a izquierdistas, tal como estipulaban los bandos. A las 9 de la mañana de ese día, los miembros de la JDN firmaron el primer documento que aprobaba una pena de muerte recomendada por el auditor militar de Cáceres. A las 4 de la tarde del mismo día, mientras Cabanellas se encontraba en Salamanca, celebraron otra reunión para considerar una pena propuesta por el general Saliquet en Valladolid a un socialista local «y 570» personas que habían organizado la resistencia. Los miembros de la JDN aprobaron la pena de «muerte» para el líder socialista, pero el acta no aclara si los otros 570 también fueron condenados.⁵⁷ Este documento evidencia la naturaleza del problema al que se enfrentaron los dirigentes sublevados en lo referente a la política represiva: dada la generalización de los actos de resistencia, la persecución de una «justicia» expeditiva contra los opositores resultó ser una farsa.

Los líderes sublevados comprendieron que, si seguían estrictamente aquellos bandos draconianos, la represión de la oposición generalizada al golpe conduciría a un derramamiento de sangre sin precedentes, pero esto no los disuadió. Franco se lo reconoció abiertamente al periodista Jay Allen en Tetuán el 27 de julio: no habría ningún «acuerdo» con el Gobierno republicano; Franco pacificaría el país «cueste lo que cueste». Citando las atrocidades del enemigo, Franco se rio aprobadoramente al oír de boca del periodista el comentario de Queipo sobre que los «dirigentes» izquierdistas «serán fusilados». ⁵⁸ La confianza demostrada por Franco en esa entrevista probablemente se

⁵⁵ *El Día de Palencia*, 27 de julio de 1936, 2; *Pensamiento Alavés*, 27 de julio de 1936, 3; *El Noticiero* (Zaragoza), 28 de julio de 1936, 7; *Labor* (Soria), 28 de julio de 1936, 8.

⁵⁶ Iribarren, *Mola*, 129-33. Un emisario enviado por Mola a la Alemania nazi para pedir ayuda y reconocimiento oficial confió a un diplomático alemán que «la resistencia encontrada fue mucho mayor de lo que habían pensado». Véase *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1918-1945, Serie D, Band III* (Imprimerie Nationale, 1951), 20.

⁵⁷ AGMAV, Junta de Defensa Nacional, C. 47556, 1. El dirigente socialista fue ejecutado al día siguiente. De los otros 570 acusados, muchos fueron asesinados en las semanas siguientes, y otros fueron juzgados de nuevo y ejecutados. Véase Ignacio Martín Jiménez, *La guerra civil en Valladolid (1936-1939): Amaneceres ensangrentados* (Ámbito, 2000), 182.

⁵⁸ *Chicago Daily Tribune*, 28 de julio de 1936, 2; *News Chronicle*, 29 de julio de 1936, 1.

debiera a las noticias positivas que esa misma noche había recibido de sus emisarios en la Alemania nazi: Hitler había decidido enviar asistencia militar a los sublevados españoles.⁵⁹ Los líderes rebeldes decidieron poner en marcha el asesinato sistemático de la izquierda española solamente después de que ambas potencias fascistas hubieran confirmado su apoyo militar para ganar la guerra. A la mañana siguiente de la entrevista con Allen, Franco y el general Orgaz volaron a Sevilla, donde Franco tuvo su primer encuentro personal con Queipo y Varela desde el inicio del golpe.⁶⁰ Los generales discutieron la situación estratégica, pero también cuestiones de poder político, y todo apunta a que también abordaron las políticas represivas. Formalmente, debían obediencia a la JDN. Sin embargo, en un plano más informal, Franco y Queipo en el sur y Mola en el norte destacaban como líderes claves. Tras regresar en avión a Tetuán, Franco reveló a un diplomático alemán que el futuro Gobierno español sería un «Directorio de tres Generales, Franco, Queipo de Llano, Mola; Presidencia General Franco».⁶¹

Mientras tanto, el 28 de julio, los miembros de la JDN (en ausencia de Cabanellas) redactaron en Burgos un nuevo y detallado bando de guerra destinado a reemplazar los múltiples bandos emitidos durante el golpe, extendiendo el «estado de guerra» a todo el territorio español. En Sevilla ya habían sido aplicadas algunas medidas represivas mediante los múltiples bandos de Queipo, cuyos anuncios radiofónicos también podían oírse en las regiones septentrionales. En Zaragoza, un nuevo bando emitido el 28 de julio por el sucesor provisional de Cabanellas al frente de la V División, el general Gregorio de Benito, prometía «fusilar en el acto» a los «autores de cualquier agresión contra nuestras fuerzas».⁶² Aunque el bando de guerra redactado en Burgos por la JDN preveía juicios sumarísimos, los sublevados pronto lo instrumentalizarían para legalizar el asesinato: «aplicar el bando» pasó a convertirse en sinónimo de ejecución. Bajo este marco jurídico inédito se permitió ejecutar sumariamente a oponentes ideológicos por algo tan leve como la disidencia verbal. No obstante, la incierta situación militar probablemente retrasara la publicación del nuevo bando unificado y su comunicación a los mandos de las distintas regiones sublevadas hasta el 30 de julio. La tarde del 28 de julio, Mola comentó a varios periodistas franceses que, tras la caída de Madrid, sería «cuestión de tiempo» que se impusiera una «dictadura militar bajo el signo republicano».⁶³ Sin embargo, la rendición de la capital aún no era segura. La confianza en la victoria, la radicalización de las medidas represoras y la reconfiguración del poder en el seno del bando

⁵⁹ Ángel Viñas, *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil* (Alianza, 2001), 413-416; Néstor Cerdá, «Political ascent and military commander: General Franco in the early months of the Spanish Civil War, July-October 1936», *Journal of Military History* 75 (2011): 1143-44.

⁶⁰ Viñas, *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil*, 414-15.

⁶¹ *Akten*, doc. 16, 16.

⁶² *El Noticiero*, 29 de julio de 1936, 2 y 5.

⁶³ *L'Homme Libre* (París), 29 de julio de 1936, 1.

rebelde estuvieron indisolublemente vinculadas a un proceso de toma de decisiones que desembocaría en una política de exterminio.

El 29 de julio se produjeron hechos cruciales con profundas implicaciones para el proceso de toma de decisiones de los sublevados en materia represiva. Aquel día aterrizó en Marruecos el primer avión Junkers Ju52 enviado como apoyo por la Alemania nazi.⁶⁴ Mientras tanto, en Andalucía, las columnas rebeldes avanzaban con paso firme por la provincia de Huelva. El 28 de julio había caído en manos de las tropas de Queipo la localidad fronteriza clave de Ayamonte, con acceso a Portugal. Al día siguiente, las fuerzas sublevadas ocuparon una veintena de localidades de la provincia, incluida la ciudad de Huelva. Las columnas llevaban consigo las «enérgicas instrucciones» de Queipo de fusilar a cualquiera que «oponga la menor resistencia».⁶⁵ Queipo y Franco debieron acordar estas duras medidas represoras durante su reunión en Sevilla el 28 de julio. Enterado del éxito de la ocupación de Huelva en la tarde del 29 de julio y sintiéndose eufórico, Franco envió un radiograma a Mola:

Se consolida la situación Andalucía. Huelva reacciona a nuestro lado[.] [S]e intensifican transportes [de tropas de África a la Península]. Situación internacional mejorada. Comisión control consiguió expulsar escuadra [republicana de] Tánger. Hoy llegó primer avión transporte seguirán llegando dos cada dos días hasta veinte, también espero seis cazas 400 km y 20 ametralladoras antiaéreas – Somos los amos Viva España.⁶⁶

Como rememoraría el entonces secretario de Mola,⁶⁷ este entusiasta mensaje puso fin al clima de desánimo en Burgos. El entusiasmo y la fe en la victoria influyeron en la adopción por parte de los cabecillas sublevados (especialmente Mola) de una política nacional de exterminio sistemático del enemigo político.

Otras decisiones tomadas en Burgos el 29 y 30 de julio de 1936 sugieren que Mola se había decidido a implementar una política de exterminio en la totalidad del territorio bajo su mando. Es probable que realizase esta maniobra política secreta en colaboración con otros miembros de la Junta, exceptuando a Cabanellas. La tarde del 29 de julio, la JDN convocó al general Germán Gil Yuste a Burgos, donde fue nombrado jefe de la V División con sede en Zaragoza, reemplazando a Cabanellas en el cargo. Gil Yuste, que había sido nombrado gobernador de la provincia de Vitoria tras el golpe y había sido uno de los contactos claves de Mola durante la conspiración, era probablemente un

⁶⁴ Viñas, *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil*, 418.

⁶⁵ Francisco Espinosa Maestre, *La Guerra Civil en Huelva* (Diputación Provincial de Huelva, 2018), 167, 169.

⁶⁶ AGMAV, C. 2547, L. 337, Cp. 35. El avión italiano iba en camino al protectorado de Marruecos, donde aterrizaron los aviones el 30 de julio; véase Viñas, *¿Quién quiso la Guerra civil?*

⁶⁷ Iribarren, *Mola*, 144-45.

individuo de personal confianza de Mola.⁶⁸ La explicación más plausible de que fuese convocado personalmente a acudir a Burgos desde Vitoria, para luego ser enviado con urgencia a Zaragoza asumiendo el mando de la V División, es que debía recibir instrucciones verbales respecto a la implementación inmediata de una política de exterminio en Aragón. Está documentado que, nada más llegar a Zaragoza, mantuvo varias reuniones con autoridades locales y el Estado Mayor de la V División. Y que poco después, el 1 de agosto, más de treinta cadáveres de varones, en su mayoría no identificados, fueron recuperados y registrados con la misma causa de muerte: «fractura de cráneo», según la Facultad de Medicina de la capital aragonesa.⁶⁹ Esta masacre sistemática, probablemente resultado de una saca en un centro de detención urbano, exhibía una diferencia cualitativa y cuantitativa clara respecto a los asesinatos registrados en Zaragoza entre el 19 y el 31 de julio. Se trataba de una nueva modalidad de asesinato en masa que iba a continuar.

Tras sus decisiones del 30 de julio, Mola reveló de manera críptica pero pública su resolución de llevar a cabo una depuración política exhaustiva de la sociedad española mediante asesinatos masivos. El 31 de julio, el general voló a Pamplona y pronunció un discurso radiofónico en el que expuso su pensamiento y su visión para el futuro inmediato de España.⁷⁰ En su arenga, reconoció los problemas surgidos en los días anteriores, que atribuyó a la «traición» de la Armada y a que la «necesidad de dominar el estado anárquico en que las huestes rojas sumieron a Andalucía nos han entretenido y retardado»; pero proclamó que la victoria final estaba cerca y que «luego (vendría) el castigo de los miserables, de los malvados y de los asesinos». Rechazando cualquier tipo de compromiso, dejó clara su determinación de que el triunfo traería consigo el «aplasmamiento absoluto y total de los enemigos de España».⁷¹ En marcado contraste con la brutalidad de Mola, un discurso público de Cabanellas ese mismo día, transmitido desde Radio León, pronosticaba un futuro de «prosperidad y fraternidad» en España.⁷² En Navarra, tras las declaraciones de Mola, la represión se recrudeció; las primeras sacas tuvieron lugar en Pamplona el 6 y el 8 de agosto.⁷³

Los acontecimientos en el sur también demuestran que, tras el cúmulo de decisiones adoptadas en Sevilla y Burgos entre el 28 y el 30 de julio, los sublevados pusieron en marcha una política de exterminio generalizado y metódico que carecía de cualquier viso de legalidad. En los días siguientes, el delegado de Orden Público de Queipo en

⁶⁸ *Pensamiento Alavés* (Vitoria), 29 de julio de 1936, 4; *El Noticiero*, 30 de julio de 1936, 9; *El Noticiero*, 31 de julio de 1936, 5.

⁶⁹ Julián Casanova et al., *El pasado oculto: Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)* (Siglo XXI, 2001), 247-48; Cifuentes y Maluenda, *El asalto a la República*, 180.

⁷⁰ AGMAV, C. 2102, 8, 1/50: «Diario de actividades del Gral. Mola».

⁷¹ *El Noticiero*, 2 de agosto de 1936, 12; Iribarren, *Mola*, 151.

⁷² *El Noticiero*, 1 de agosto de 1936, 1.

⁷³ Mikelarena, *Sin piedad*, 150-51; Fondo Documental de la Memoria Histórica en Navarra, <https://memoria-oroimena.unavarra.es/>.

Sevilla, Díaz Criado, puso a prueba nuevos métodos de exterminio que hasta entonces no se habían empleado de manera sistemática. El hacinamiento en la cárcel provincial de la capital andaluza había conducido a la creación de centros de detención irregulares en teatros, cines, edificios gubernamentales sevillanos e incluso un barco en el río Guadalquivir. Allí languidecían cientos de personas arrestadas en el marco de operaciones de limpieza en los barrios obreros. En una primera fase, las autoridades sublevadas asesinaron a comunistas, anarquistas y personas con antecedentes penales, pero a finales de julio el alcance de su política se amplió para incluir a prácticamente cualquier individuo vinculado con actividades políticas izquierdistas o republicanas. No está claro cuántos consejos de guerra se iniciaron, pero de todos modos es una cuestión irrelevante. Lo relevante es que Díaz Criado comenzó a impartir órdenes a milicianos sublevados en Sevilla para que sacaran a grupos de prisioneros de los centros de detención y los fusilaran sistemáticamente en las tapias del cementerio, sin juicio alguno. Se ha documentado que la primera de estas sacas tuvo lugar el 31 de julio.⁷⁴ Sin embargo, los procedimientos específicos de exterminio aún no estaban bien definidos. Estas primeras sacas pueden considerarse asesinatos experimentales. Ese mismo día, en Montilla, doce detenidos de ideología de izquierda fueron sacados de un centro de detención y ejecutados; pero, contrariamente a lo que más tarde sería la norma, el comandante de la Guardia Civil de Montilla permitió a los familiares de las personas asesinadas inspeccionar los cuerpos y recuperar sus efectos personales.⁷⁵

Estos eventos podrían sugerir que Queipo estaba dispuesto a llevar adelante una política de exterminio en el sur peninsular, con poca o ninguna información respecto a cómo Mola había decidido actuar en el norte. Incluso asumiendo que Queipo y Mola hubieran discutido las líneas maestras de una dura política de «orden público» en alguna de sus reuniones conspirativas antes del golpe, sus planes difícilmente pudieron haberse concebido para adaptarse al contexto específico de guerra civil que sobrevino después. Lo más probable es que Franco y Queipo decidieran recrudecer la represión en el sur durante su encuentro del 28 de julio, cuando el primero reveló que había obtenido el apoyo de Hitler.

La certeza de una victoria segura impulsó a los generales a inclinarse hacia políticas de represión más radicales. El 31 de julio, sus decisiones se vieron reflejadas en las directrices que el Estado Mayor de Queipo transmitió a todas las columnas que operaban en el sur: se ordenó a las tropas que «se [extremara] la energía en la represión», en especial contra los «elementos que se consideren peligrosos de acción, los que hayan

⁷⁴ Ortiz Villalba, *Del golpe militar*, 177-216; García Márquez, *Las víctimas*, 123-31; Francisco Espinosa Maestre, «Informe sobre la represión franquista», en *La gran represión: Los años de plomo del franquismo*, ed. Mirta Núñez Díez-Balart (Flor del Viento, 2009), 452-54.

⁷⁵ Arcángel Bedmar, *Los puños y las pistolas: La represión en Montilla (1936-1944)* (Ayuntamiento de Montilla, 2009), 160.

empleado las armas contra la fuerza pública, o los que hayan cometido desmanes».⁷⁶ Aparte del radiograma que Franco envió a Mola el 29 de julio, hay escasas evidencias de comunicaciones entre los sublevados del sur y el norte durante aquellos días, pero sí existen indicios de que se comunicaron por otros medios. Tras la ocupación de Huelva fue posible establecer una conexión telefónica entre ambas zonas sublevadas a través de Portugal. La mañana del 29 de julio, un periodista francés presente en el cuartel general de los sublevados en Burgos presenció una conversación telefónica entre Mola y, presuntamente, Franco.⁷⁷ Los dirigentes de los nacionales también difundían mensajes por radio de forma pública y se intercambiaban cartas transportadas por vía aérea. Si Queipo escuchó la alocución radiofónica de Mola el 31 de julio, esta debió de reforzar su propia voluntad de aniquilación. No obstante, fue el 1 de agosto cuando Queipo asumió decididamente una política de exterminio rápido, organizado y profundo del enemigo que despreciaba absolutamente los procedimientos legales. Aquella noche recibió una carta aerotransportada del general Mola. En ella, según Queipo, Mola afirmaba: «Somos los amos».⁷⁸ Exactamente las mismas palabras entusiastas que Franco había remitido a Mola dos días antes. Aunque se desconoce el contenido restante de la misiva, parece plausible que Mola recomendara a Queipo proceder con una erradicación implacable e integral del enemigo por medios sistemáticos y ajenos a la ley. Probablemente acordaron que aquel proceso exterminador debía concluir antes de la caída de Madrid, lo cual esperaban que ocurriera en un plazo de dos semanas.

En resumen, una serie de decisiones y comunicaciones entre los dirigentes sublevados entre el 28 de julio y el 1 de agosto selló el destino de miles de izquierdistas en la España ocupada por los rebeldes. El 28 de julio, reunidos en Sevilla, Franco y Queipo decidieron iniciar un avance militar hacia Madrid e intensificar la represión. Ese mismo día, en Burgos, los miembros de la JDN se aprestaban a redactar un bando de guerra aún más radical, aunque retrasaron su difusión. Entre el 29 y el 30 de julio, Mola, alentado por los mensajes de Franco, resolvió emprender un exterminio sistemático en la zona norte y comenzó a dictar órdenes en ese sentido, enviando a Gil Yuste a Zaragoza para replicar y desarrollar los métodos ya observados en Navarra. El 1 de agosto, la comunicación entre Mola y Queipo finalmente permitió coordinar políticas y métodos de asesinato colectivo en ambas zonas. Los dirigentes sublevados adoptaron el modelo de política de exterminio que Mola prefería: organizado, controlado, clandestino y minucioso. No obstante, los métodos de guerra degenerada del sur persistieron, y el terror autónomo e incontrolado desatado con el golpe —amparado en las «instrucciones» prebélicas de Mola— tardó en encauzarse.

⁷⁶ AGMAV, citado por Espinosa, *La Guerra civil en Huelva*, 179-80.

⁷⁷ *Le Jour* (París), 30 de julio de 1936.

⁷⁸ Gibson, *Queipo de Llano*, 256.

Implementación de la política de exterminio (agosto-septiembre de 1936)

Una vez adoptadas las decisiones claves, los líderes del bando rebelde iniciaron una fase de implementación en la que los métodos de asesinato colectivo en todo el territorio sublevado se fueron volviendo gradualmente homogéneos. ¿Qué instrucciones precisas dictó Mola? Estas directrices solo pueden evaluarse de manera fragmentaria y mediante medios indirectos. Los distintos componentes de la maquinaria represora no recibieron información general respecto a la política nacional, sino solo señales para llevar a cabo partes separadas de las tareas requeridas. Por ejemplo, en Palencia (VI División Orgánica), el gobernador civil publicó el 31 de julio una circular firmada por el comandante militar que probablemente no iba destinada a la difusión pública. Esta circular estipulaba que solo las autoridades militares podían «practicar detenciones», pero siempre «dando cuenta diariamente por telégrafo de las [detenciones] practicadas» y proponiendo al Alto Mando qué detenidos «debían trasladarse [...] para proceder a su procesamiento», manteniendo el resto en centros de detención locales.⁷⁹ El 1 de agosto, Mola se reunió con Saliquet, jefe de la VII División en Valladolid.⁸⁰ Es probable que Mola lo pusiera al tanto de la política de represión, que ahora exigía un mayor secretismo y un control más estricto de los asesinatos. Dos días después, un jefe falangista recién nombrado en Valladolid dio órdenes de desautorizar las patrullas independientes de sus correligionarios; ahora debían ponerse al servicio de las autoridades militares locales.⁸¹ El 3 de agosto, Mola ordenó prohibir las autopsias de los cadáveres que se hallaran, alegando que esas muertes eran un resultado natural del conflicto. Las matanzas colectivas regulares y sistemáticas de detenidos en Valladolid, por lo general perpetradas por falangistas, dieron comienzo el 6 de agosto, fecha en que tuvo lugar un nuevo encuentro entre Mola y Saliquet.⁸²

El 2 de agosto comenzaron los paseos y las sacas en numerosos pueblos y ciudades del sur y norte del país. Esta simultaneidad solo puede explicarse como resultado de decisiones y órdenes previas. Cabe destacar que esa misma jornada tuvo lugar la primera saca en Burgos.⁸³ Los miembros de la JDN en la capital debieron percatarse de la política de exterminio irregular recién iniciada y, como consecuencia, el 2 de agosto

⁷⁹ *Boletín Oficial de la Provincia de Palencia*, 31 de julio de 1936.

⁸⁰ AGMAV, C. 2102, 8, 1/50: «Diario de actividades del Gral. Mola».

⁸¹ Jesús María Palomares Ibáñez, *La Guerra civil en la ciudad de Valladolid: Entusiasmo y represión en la «Capital del Alzamiento»* (Ayuntamiento Valladolid, 2001), 41.

⁸² AGMAV, C. 2102, 8, 1/50: «Diario de actividades del Gral. Mola»; Palomares Ibáñez, *La Guerra civil en la ciudad de Valladolid*, 163.

⁸³ Luis Castro Berrojo, *Capital de la Cruzada: Burgos durante la Guerra Civil* (Crítica, 2006), 220; Cándido Ruiz González, «La represión en Toro durante la Guerra Civil», *Studia Zamorensia* 3 (1996): 133-56; García Márquez, *Las víctimas de la represión militar, passim*; Santiago López García y Severiano Delgado Cruz, «Que no se olvide el castigo: La represión en Salamanca durante la Guerra Civil», en *Esta salvaje pesadilla: Salamanca en la guerra civil española*, ed. Ricardo Robledo (Crítica, 2007), 99-187; Carlos Gil Andrés, *Lejos del frente: La Guerra Civil en la Rioja Alta* (Crítica, 2006), 160-89.

interrumpieron sus reuniones para aprobar las sentencias de muerte remitidas por las autoridades que aún actuaban de acuerdo con la legalidad. No obstante, las sentencias de muerte continuaron llegando para su revisión y aprobación, y los funcionarios de la JDN redactaron diligentemente las actas de más de doscientas reuniones que habían debido tener lugar entre el 3 de agosto y el 30 de septiembre para aprobar dichas penas. Los integrantes de la JDN nunca llegaron a firmar estos documentos; es muy probable que las reuniones jamás se celebraran.⁸⁴ Aun así, desde Burgos se comunicaba sistemáticamente el «enterado» de la JDN respecto a las penas capitales propuestas, las cuales, por tanto, fueron ejecutadas.⁸⁵ Un plan radical de exterminio que dejaba a un lado cualquier legalidad había pasado a ser la política oficial, aunque secreta, en los más altos estamentos de poder sublevado. Mola, Franco y Queipo compartían esta visión. Como reflejo de su influencia política, el 3 de agosto el general Franco fue nombrado vocal de la Junta.⁸⁶

Para los sublevados, este fue un período de gran entusiasmo. Franco había ordenado a sus tropas africanas que comenzaran a avanzar desde Sevilla hacia Madrid; estaba a punto de organizar un triunfante convoy a través del estrecho, apoyado por aviones alemanes e italianos. Franco animó a Mola a mantener sus posiciones en el norte, asegurándole que el contacto entre ambas zonas rebeldes se establecería en cuestión de días. El comandante Asensio salió con la primera columna de Sevilla el 1 de agosto. Mientras tanto, entre el 30 de julio y el 1 de agosto, la columna de Castejón llevó a cabo otra operación de «pacificación» en Andalucía, que culminó con la brutal ocupación de Puente Genil (Córdoba). Las tropas rebeldes masacraron a civiles y cometieron numerosas atrocidades, entre ellas violaciones de mujeres. A su regreso a Sevilla, los sublevados orquestaron un desfile y rindieron un homenaje público a Castejón y sus legionarios, que fueron aclamados por la multitud.⁸⁷ Esta aclamación contribuyó sin duda aún más al recrudecimiento de la política de exterminio. En las fotografías de aquella celebración pública puede identificarse al capitán Díaz Criado marchando junto a Queipo, Castejón y otras autoridades sublevadas, pasando revista a las tropas de la Legión. Su presencia conjunta explica por qué las técnicas de asesinato empleadas por estas tropas se asemejaban tanto a las ejecuciones realizadas por las fuerzas de seguridad sevillanas de Díaz Criado. La columna de Castejón partió el 2 de agosto desde Sevilla a través de Extremadura, con la tarea de reforzar los flancos de Asensio y llevar a cabo una feroz represión en las localidades ocupadas. A lo largo de esta ruta, Castejón aplicó su método de

⁸⁴ AGMAV, Junta de Defensa Nacional, c. 47556, 1-4.

⁸⁵ Véase Lourenzo Fernández Prieto y Antonio Míguez Macho, «Os verdugos no golpe de Estado de 1936: Quen matou a Antonio Azarola?», en *Golpistas e verdugos de 1936: Historia dun pasado incómodo*, ed. Lourenzo Fernández Prieto y Antonio Míguez Macho (Xerais, 2018), 75; Ortiz Villalba, *Del golpe militar*, 233, 238.

⁸⁶ Decreto núm. 25, *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España* (Burgos) 4 (4 de agosto de 1936): 2.

⁸⁷ *La Unión* (Sevilla), 3 de agosto de 1936, 15.

llevarse prisioneros izquierdistas de los pueblos conquistados junto con su columna y asesinarlos gradualmente en el camino.⁸⁸ Como escribió un observador portugués que acompañaba a esta fuerza el 6 de agosto: «Ayer, en una hora, vi cómo fusilaron a más de cien. Y con tal facilidad, con tal *placer*, que un número oficial [de treinta mil ejecuciones] está garantizado».⁸⁹ Este observador señaló la inexplicable lentitud del avance de Castejón hacia la capital. Lo cierto es que la verdadera misión de aquella unidad era el exterminio sistemático del enemigo.

Una vez que Queipo hubo impulsado la política de exterminio en Sevilla, necesitaba que sus subordinados en toda la II División siguieran su ejemplo. El 4 de agosto redactó una breve carta privada que hizo llegar por correo aéreo al general José López-Pinto, la máxima autoridad sublevada en Cádiz. Aunque el motivo principal de la misiva no estaba ligado a las políticas de represión, Queipo añadió: «¡Esto se acaba! Lo más que durará son diez días. Para esa fecha es preciso que hayas acabado con todos los pistoleros y comunistas de [Cádiz]».⁹⁰ Estos mensajes informales pero profundamente significativos eran las «órdenes» de exterminio que se transmitían en aquellos días. Sin embargo, no bastaba con alentar la represión: era necesario añadir instrucciones más precisas, que los altos mandos comunicaban cara a cara en conversaciones privadas con los responsables locales. Así, el 5 de agosto, Queipo visitó Córdoba para reunirse con el gobernador Cascajo, a quien instruyó para que acelerara el proceso de exterminio por medios ilegales pero metódicos. Tras esta visita se produjo un notable incremento de las muertes fruto de la represión en Córdoba y su provincia, particularmente a través de sacas, lo cual solo puede atribuirse a la visita de Queipo.⁹¹ Posteriormente, el 9 de agosto, Queipo visitó Cádiz y los rebeldes comenzaron de inmediato a asesinar prisioneros en sacas tanto en la propia Cádiz como en localidades próximas.⁹²

Incluso en ciudades como Zaragoza, donde ya se había iniciado una política sistemática de exterminio extrajudicial, la visita del general Mola, la máxima autoridad en el norte, el 9 de agosto, provocó un aumento sustancial en la cifra de víctimas. Mola se reunió con Gil Yuste y el Estado Mayor de la V División, comunicándoles, muy probablemente, instrucciones destinadas al recrudecimiento de las matanzas. Tras estas reuniones, Mola visitó la basílica del Pilar para rezar ante la Virgen María. La Iglesia católica se estaba convirtiendo en una firme aliada del bando rebelde, ya que también

⁸⁸ Espinosa, *La columna de la muerte*, *passim*.

⁸⁹ *Relatórios de Henrique Galvão numa missão secreta a Espanha no início da guerra civil (Agosto de 1936)*, Biblioteca e Arquivo de José Pacheco Pereira. <https://ephemerajpp.com/2016/09/11/relatorios-de-henrique-galvao-numa-missao-secreta-a-espanha-no-inicio-da-guerra-civil-agosto-de-1936>

⁹⁰ El documento original reproducido en José Pettenghi, «1936-1996 LX Aniversario del 18 de julio de 1936 en Cádiz: Nuevos datos para su historia», *Diario de Cádiz*, 18 de julio de 1996, 6, citado en Espinosa, *La justicia de Queipo*, 82.

⁹¹ *Diario de Córdoba*, 5 de agosto de 1936, 2; Moreno Gómez, *La Guerra Civil en Córdoba*, 290, 301.

⁹² Fernando Romero Romero, «La represión franquista en la provincia de Cádiz», en *Marginados, disidentes y olvidados en la historia*, ed. Santiago Moreno Tello y José J. Rodríguez Moreno (Universidad de Cádiz, 2009), 285-327.

había sido blanco de la violencia revolucionaria en los territorios republicanos. Las motivaciones religiosas no pueden descartarse como un factor influyente en el proceso de toma de decisiones encaminadas al exterminio de la izquierda. A través de absoluciones otorgada por sacerdotes católicos, los oficiales creyentes encargados de implementar una política asesina aliviaban sus conciencias y recibían el perdón de los pecados mortales. Aquella misma tarde en Zaragoza, durante un acto con las autoridades sublevadas, el arzobispo declaró públicamente que «si se emplea la violencia, no se hace en servicio de la anarquía, sino lícitamente en beneficio del orden, de la paz, de la Patria y de la Religión»⁹³. En Sevilla no era raro ver a Queipo asistiendo a misa acompañado de los orquestadores de matanzas colectivas como Díaz Criado.⁹⁴ La percepción de las atrocidades cometidas por el enemigo alimentó todavía más la escalada de violencia. El 8 de agosto, Franco escribió a Mola sobre los «horrores» cometidos contra «personas dece[n]tes, personas de orden» que sus tropas habían descubierto en Almendralejo, añadiendo agitadamente: «Castigo y limpieza [...] columnas castigan con ejemplaridad desmanes».⁹⁵

Aproximadamente en esas fechas, en la lejana Galicia (VIII División), los sublevados comenzaron a cometer asesinatos sistemáticos mediante sacas que produjeron decenas de muertes en A Coruña, Ferrol, Pontevedra y otras localidades. Desde el 19 de julio ya se habían producido algunos paseos incontrolados por parte de falangistas, así como consejos de guerra y operaciones de «limpieza». Sin embargo, las estadísticas muestran con claridad un aumento en la intensidad cuantitativa de los asesinatos colectivos en Galicia en torno al 9 de agosto (Figura 5). Esta variación solo puede explicarse por la recepción de instrucciones dirigidas a sistematizar y acelerar el proceso de exterminio.

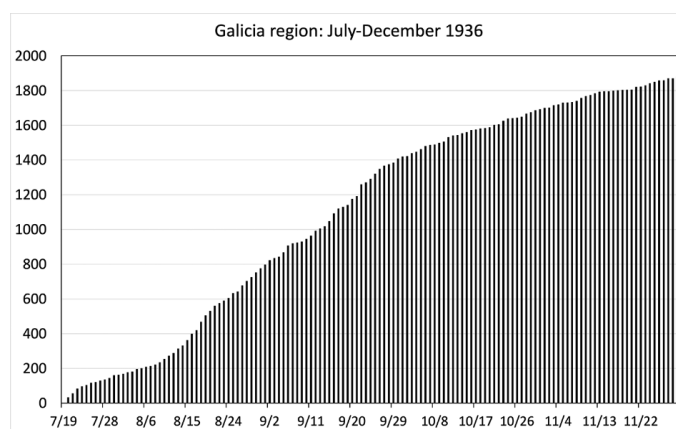


Figura 5. Cifras acumulativas de muertes como resultado de la represión franquista en la región de Galicia, julio-diciembre de 1936. Datos de la base de datos «Nomes e Voces».

<http://vitimas.nomesevoces.net>.

⁹³ AGMAV, C. 2102, 8, 1/50: «Diario de actividades del Gral. Mola»; *El Noticiero*, 11 de agosto de 1936, 2-4; Casanova *et al.*, *El pasado oculto*.

⁹⁴ *ABC* (Sevilla), 26 de julio de 1936, 3.

⁹⁵ AGMAV, C. 2547, L. 337, Cp. 35.

Los sublevados alinearon y homogeneizaron por completo sus prácticas eliminacionistas a partir del 10 de agosto, cuando las columnas de Franco tomaron Mérida, lo que permitió el contacto con las tropas del norte de Mola y posibilitó la apertura de canales de comunicación más fluidos. El 8 de agosto se había establecido una conexión telefónica directa entre los cuarteles generales sublevados en Sevilla y Burgos, tras el encuentro de las tropas de vanguardia del norte y del sur en los alrededores de Badajoz.⁹⁶ El 10 de agosto se implementó simultáneamente una nueva estructura institucional inspirada en el sistema represivo de Mola y Queipo en Vitoria, Córdoba y Ferrol.⁹⁷ Nuevos delegados de Orden Público pasaron a ser responsables de organizar las sacas, reflejando la necesidad de poner fin a los arrestos y asesinatos autónomos e incontrolados. El día anterior, en Burgos, el general Dávila había recordado a los milicianos que necesitaban su autorización para efectuar detenciones.⁹⁸ El 11 de agosto, Mola dio órdenes al territorio norte bajo su jurisdicción de que se pusiera fin a todos los «actos de violencia injustificados» cometidos por falangistas y fuerzas afines. Pocos días después reiteró enérgicamente estas medidas.⁹⁹ Pero su objetivo no era detener los asesinatos, sino regularlos. Durante este periodo, el exterminio se recrudeció, muchas veces ejecutado por falangistas bajo dirección militar. El 13 de agosto, Mola voló a Sevilla para reunirse con Queipo y Franco: su primer encuentro desde los días de la conspiración.¹⁰⁰ Es probable que esta reunión sirviera para confirmar y ampliar la política exterminadora ya en marcha. Resulta muy significativo que, en torno a esa fecha, Queipo declarase falsamente al periodista inglés Harold Cardozo que «no se fusila a nadie sin antes concederle una audiencia y un juicio justo, conforme a las normas de procedimiento de nuestros tribunales militares».¹⁰¹ Hoy sabemos que la realidad era exactamente la contraria. Incluso en zonas de interés estratégico secundario —como Teruel, Huesca, Soria y Segovia— se iniciaron prácticas de asesinato masivo que ya se estaban convirtiendo en la tónica general.¹⁰² En urbes pequeñas, las sacas se realizaban a menudo bajo el pretexto de

⁹⁶ *Le Jour*, 10 de agosto de 1936.

⁹⁷ *El Defensor de Córdoba*, 10 de agosto de 1936, 2; Xosé Manuel Suárez, *Guerra civil e represión en Ferrol e comarca* (Concello de Ferrol, 2002), 85; Javier Gómez Calvo, *Matar, purgar, sanar: La represión franquista en Álava* (Tecnos, 2014), 80-81.

⁹⁸ Castro, *Capital de la Cruzada*, 227.

⁹⁹ Véase también Cifuentes y Maluenda, *El asalto a la República*, 173.

¹⁰⁰ *ABC* (Sevilla), 14 de agosto de 1936, 6. Para Mola, véase AGMAV, C. 2102, 8, 1/50: «Diario de actividades del Gral. Mola».

¹⁰¹ Harold G. Cardozo, *The March of a Nation* (Londres: The Right Book Club, 1937), 54, citado en Preston, *The Spanish Holocaust*, 312.

¹⁰² Ángela Cenarro, *El fin de la esperanza: Fascismo y guerra civil en la provincia de Teruel* (Instituto de Estudios Turolenses, 1996), 80; Gregorio Herrero Balsa y Antonio Hernández García, *La represión en Soria durante la Guerra Civil*, 2 vols. (Autoedición, 1982); Rafael García Ferreira, «Violencia golpista en Santiago de Compostela: Verdugos, lóxicas e espazos (1936-1946)», en *Golpistas e verdugos de 1936: Historia dun pasado incómodo*, ed. Lourenzo Fernández Prieto y Antonio Míguez Macho (Xerais, 2018), 164-65; Santiago Vega Sombria, *De la esperanza a la persecución: La represión franquista en la provincia de Segovia* (Barcelona, 2005).

represalia por previos bombardeos aéreos republicanos. En las zonas de operaciones militares, en cambio, esos pretextos ni siquiera eran necesarios.

A mediados de agosto, diversos factores convergieron para generar la mayor matanza represiva del conflicto. El 14 de agosto, las columnas de Franco en Extremadura, ahora comandadas por Yagüe, atacaron Badajoz. Yagüe había pasado tiempo en Sevilla con Franco; sin duda, estaba bien informado sobre la política represiva. En la ocupación de Badajoz, los sublevados combinaron sus políticas de exterminio con tácticas de guerra degenerada para producir una masacre extraordinaria que motivó un escándalo internacional a finales de ese mes. Continuando su avance hacia la capital, las columnas africanas de Yagüe mantuvieron una política genocida de no tomar prisioneros. Se trataba de una auténtica «guerra de exterminio», como admitieron varios observadores de las filas rebeldes. Franco era el arquitecto y Yagüe, el ejecutor. A pesar de las críticas internacionales e internas, los sublevados no interrumpieron el proceso de exterminio; al contrario, tomaron nuevas medidas para aumentar el secretismo en torno a estas prácticas. Como escribió un oficial sublevado, Yagüe participaba «absolutamente de la mente del Generalísimo» en lo referente a los «castigos» y lo aplicaba «en todo de lo que él depende», pero «condenaba agriamente el proceder de algunos que no lo hacen con las debidas cautelas». ¹⁰³

En este patrón general de expansión y coordinación de la política de exterminio, Mallorca y Granada constituyen la excepción que confirma la regla. El ritmo inicial de los asesinatos sublevados en ambos casos arroja aún más luz sobre el proceso de toma de decisiones. Los rebeldes controlaban ambas ciudades desde el golpe, pero se encontraron aisladas de otros territorios sublevados. Los radiogramas cifrados eran el único medio que permitía recibir órdenes e instrucciones procedentes de Burgos y Sevilla, pero estos mensajes podían ser fácilmente interceptados y descifrados por el enemigo. La comunicación por correo aéreo era poco frecuente. Solo después de que aterrizasen en estas ciudades nuevos comandantes con conocimiento directo de las decisiones secretas tomadas por Franco, Mola y Queipo se implementaron allí las políticas más radicales de exterminio.

En Mallorca, el general Goded, antes de su fatídica partida el 19 de julio, dio instrucciones verbales a su sucesor, el coronel Aurelio Díaz de Freijó: «Seguramente se producirá una huelga general y si no la hacen abortar, fusilas a uno cualquiera de los más caracterizados y de media hora en media hora a los demás». Sin embargo, esta política, una elaboración de las «instrucciones» de Mola, no fue seguida de manera estricta. Tras la muerte de Goded, Mallorca se quedó sin un líder sublevado fuerte. Desde el 24

¹⁰³ Sobre Badajoz, véase Espinosa, *La columna de la muerte*; Preston, *The Spanish Holocaust*, 316-40; Rafael M. Sanz de Diego, «Actitud del P. Huidobro, SJ, ante la ejecución de prisioneros en la Guerra Civil: Nuevos datos», *Estudios Eclesiásticos* 60 (1985): 443-84, la cita sobre Yagüe en 474. A principios de septiembre de 1936, los sublevados moderaron el lenguaje de la propaganda e intensificaron la censura; véase AGMAV, C. 1261, 5/53-54.

de julio, Franco había enviado radiogramas alentadores con instrucciones para la defensa de la isla. Uno de ellos contenía órdenes de fusilar a los dirigentes encarcelados, comenzando por las figuras políticas más destacadas, en represalia por cada víctima de los bombardeos republicanos; pero Freijó se negó a cumplirlas. Los oficiales insurgentes que habían recibido instrucciones verbales de Goded sobre la represión desaprobaban la indulgencia de Freijó. El 31 de julio, por ejemplo, un joven soldado mallorquín escribió a su novia: «Cuando acabe todo esto el comandante me ha dicho que me necesitaba para hacer “limpieza”». Más tarde le aclaró: «[...] “limpieza” es ir por los pueblos a buscar armas en individuos sospechosos y fichados, ¿comprendes?».¹⁰⁴ Sin embargo, a principios de agosto, en contraste con lo que ocurría en la Península, en Mallorca no se iniciaron matanzas sistemáticas. El coronel Ramos Unamuno, nombrado gobernador militar el 10 de agosto, anunció el comienzo de la «limpieza», pero los asesinatos en masa en la isla no empezaron hasta el 16 de agosto y no se aceleraron hasta septiembre. Ramos Unamuno y Freijó serían posteriormente sometidos a consejo de guerra por desobedecer las órdenes de Franco.¹⁰⁵ El ejemplo de Mallorca sugiere que las nuevas políticas represivas adoptadas por los principales dirigentes rebeldes a finales de julio y principios de agosto no fueron puestas en práctica hasta que las órdenes e instrucciones pudieron ser entregadas en secreto a comandantes locales dispuestos a ejecutarlas.

Granada era un bastión rebelde bajo asedio. En los días del golpe de Estado, Queipo ordenó destituir al comandante militar, el general Campins, por mostrar vacilación. El 25 de julio, el general Orgaz voló a Granada desde Tetuán para asumir allí el mando, momento en que comenzaron a circular rumores de ejecuciones inminentes de dirigentes izquierdistas en la ciudad. No obstante, cuando Orgaz regresó a Sevilla para asistir a la decisiva reunión del 28 de julio, Granada seguía sin ser escenario de ejecuciones en masa. Al día siguiente, Queipo envió en avión al general Antonio González Espinosa para que asumiera el mando en lugar de Orgaz. González Espinosa fue quien recrudesció con rapidez la violencia, en línea con la nueva política acordada el día anterior en Sevilla por Queipo y Franco. Así, tras la escenificación de diversas farsas judiciales, fusilaron a dirigentes de izquierdas granadinos. Pero esta política represiva pronto quedó obsoleta. Desde el 1 de agosto, después de que Mola informara a Queipo sobre la implementación de su política de exterminio, en toda la España sublevada comenzaron a verse matanzas colectivas que violaban cualquier consideración legal. Dado que los sublevados se cuidaban de transmitir instrucciones delicadas por radiograma, la transición de una fase de asesinatos incontrolados y consejos de guerra al proceso de

¹⁰⁴ Manuel Aguilera Povedano, «El desembarco de Bayo en Mallorca según las cartas del periodista Gabriel Fuster Mayans “Gafim”», *Historia y Comunicación Social* 20 (2015): 50.

¹⁰⁵ Josep Massot i Muntaner, *Les represàlies de Franco contra els militars «poc addictes»: La «Causa del mando» de 1936 a Mallorca* (Lleonard Muntaner, 2011), 18-19, 25; Josep Massot i Muntaner, *El desembarcament de Bayo a Mallorca: Agost-Setembre de 1936* (Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1987); Josep Massot i Muntaner, *El primer franquisme a Mallorca* (Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1996), 217-61.

exterminio masivo y metódico solo pudo producirse en Granada a partir del 18 de agosto, cuando las tropas de Varela establecieron contacto con la ciudad. En los días siguientes, la represión se recrudeció de forma repentina, llevando a un simpatizante rebelde a comentar: «Muchos más fusilamientos: dirigentes sindicales, maestros, funcionarios de pueblos pequeños y médicos están cayendo por docenas». ¹⁰⁶

En las Islas Canarias, las matanzas sistemáticas no se iniciaron hasta septiembre. ¹⁰⁷ Estos casos evidencian que no se había pergeñado un plan metódico de exterminio con anterioridad al golpe. El programa de asesinatos en masa, en gran medida improvisado, se materializó a principios de agosto y fue implementándose de manera progresiva por todo el territorio sublevado. Resulta interesante observar cómo la política de exterminio fue extendiéndose gradualmente por toda la España rebelde.

Los principales líderes del bando rebelde y sus colaboradores más cercanos se encargaron de transmitir verbalmente órdenes secretas para la implementación gradual de asesinatos colectivos a las autoridades de las divisiones militares y provincias, y estos luego remitían las instrucciones a través de las cadenas de mando. Así, el 23 de agosto, el comandante de la Guardia Civil en Cáceres ordenaba a sus hombres continuar con la «labor de policía» con «máximo rigor». «En el menor tiempo posible es necesario llevar a los pueblos el efecto de vida cotidiana y tranquilidad, practicando amplia limpieza de los indeseables» para lograr el «fin apetecido por la superioridad». ¹⁰⁸ Dado que las metas represivas eran nebulosas, los dirigentes sublevados tuvieron que continuar alentando a las autoridades militares locales y regionales para que continuaran matando. El general Millán-Astray, cofundador de la Legión e íntimo amigo de Franco, se convirtió en un auténtico emisario de la muerte que transmitía instrucciones asesinas por toda España. Tras su llegada a Sevilla el 15 de agosto, Franco y Queipo debieron ponerlo al tanto de su política exterminadora. Durante su consiguiente gira de propaganda por varias ciudades, Millán-Astray no perdió oportunidad de pronunciar discursos patrióticos y entonar su necrofílico canto: «¡Viva la Muerte!» El 19 de agosto se reunió con Mola en Burgos. Posteriormente, justo después de su llegada a Vitoria el 23 de agosto, se nombró a un nuevo delegado de Orden Público en la ciudad que intensificó el proceso represivo. Millán-Astray estuvo unos días en Zaragoza, visita tras la cual el número de

¹⁰⁶ Preston, *The Spanish Holocaust*, 175; Manuel Titos Martínez, *Verano del 36 en Granada* (Atrio, 2005), 87, 117-19, 133; Ian Gibson, *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca* (Ruedo Ibérico, 1971).

¹⁰⁷ Luana Studer Villazán *et al.*, «La violencia política y social durante el franquismo en el archipiélago canario (1936-1975)», en *Lucas sobre un tiempo en gris: Exposición bibliográfica sobre la represión franquista en Canarias*, ed. Miguel Ángel Cabrera y Paqui Rivero (Universidad de La Laguna, 2013), 40-45; Ricardo García Luis, *La justicia de los rebeldes: Los fusilados en Santa Cruz de Tenerife (1936-1940)* (Baile del Sol, 1994).

¹⁰⁸ Julián Chaves Palacios, ed., *Memoria Histórica y Guerra Civil: Represión en Extremadura* (Diputación Provincial de Badajoz, 2004), 68-69. Véase AHPCC, GCC, OP, Policía, caja 456, «Orden para todas las fuerzas de la Comandancia de Cáceres a fecha de 23 de Agosto de 1936», citado en Pedro J. Masa Redondo, «Guerra Civil y represión en la zona de Miajadas», en *Guerra y represión: Las fosas de Escorial y Miajadas*, ed. Ángel Olmedo (Asamblea de Extremadura, 2010), 79-80.

víctimas de la represión rebelde se disparó: solamente el 29 de agosto fueron ejecutadas más de cuarenta personas.¹⁰⁹ Algunos delegados de Orden Público fueron remplazados por oficiales más sanguinarios y predispuestos a intensificar la masacre, tal como ocurrió en Córdoba con la llegada del tristemente célebre «Don Bruno».¹¹⁰

Cuando los cabecillas rebeldes se reunieron en Salamanca a finales de septiembre para decidir el nombramiento de Franco como Generalísimo y jefe del Estado, debieron deliberar también sobre las políticas represivas. Pero ello no se tradujo en el inicio de una desescalada. Los promotores más fervientes del exterminio aprovecharon la oportunidad para denunciar a los gobernadores militares de Segovia y Vitoria por su «blandura e indiferencia» y por su tolerancia con los «rojos».¹¹¹ Las reuniones de Salamanca constituyeron un punto de inflexión en la marginación del poder de Cabanellas. Él fue el único general que votó en contra del nombramiento de Franco.¹¹² Las decisiones sobre la política represiva rebelde estuvieron siempre ligadas a la lucha por el poder.

Conclusión

Una de las indicaciones más claras de que Franco fue desde el principio uno de los partidarios de una política de total exterminio físico del enemigo es que, tras su ascenso público al poder el 1 de octubre de 1936, los métodos y las políticas de exterminio en la España sublevada ni se frenaron ni retrocedieron; continuaron sin tregua durante meses. La memoria popular y los relatos históricos sobre la Guerra Civil han presentado el «verano de 1936», y en particular los calurosos días de agosto, como el escenario de los peores excesos de la represión franquista. Sin embargo, se trata de una impresión errónea, producto de la mayor visibilidad de los asesinatos irregulares de agosto de 1936 y de la eliminación prioritaria de las figuras políticas más destacadas en aquel momento. Gran parte de la violencia de agosto fue una prolongación de los métodos de terror y las prácticas bélicas degeneradas desatadas con el golpe. Sin embargo, fueron los escalofriantes meses de septiembre, octubre y noviembre los que presenciaron un proceso de exterminio masivo, metódico, en gran medida encubierto y absolutamente ilegal acordado por los dirigentes sublevados a finales de julio y comienzos de agosto de 1936.

Esta política de violencia sistemática puede entenderse como una fase represiva diferenciada y situada entre el terror «caliente» y el «frío». No obstante, estas tres fases represivas, con sus métodos característicos, se solaparon. Los conspiradores concibieron inicialmente el terror «caliente» como un instrumento para asegurar el éxito del golpe:

¹⁰⁹ *La Prensa* (Tenerife), 15 de agosto de 1936, 6; *Diario de Córdoba*, 16 de agosto de 1936, 1; *Diario de Burgos*, 19 de agosto de 1936, 3; *Pensamiento Alavés*, 24 de agosto de 1936, 1; *El Día de Palencia*, 26 de agosto de 1936, 3; Gómez Calvo, *Matar*, 82; Casanova et al., *El pasado oculto*, 266-67.

¹¹⁰ Moreno Gómez, *La Guerra Civil en Córdoba*, 443-57.

¹¹¹ AGMAV, C. 1261, 5/150-57.

¹¹² Tusell, *Franco en la Guerra Civil*, 50-56.

paralizar al enemigo y eliminar con rapidez a sus líderes. A medida que el golpe se transformaba en una guerra civil, los sublevados orquestaron una política de exterminio que amplió el terror «caliente» de forma masiva. Solo tras el fracaso en la conquista de Madrid los franquistas sustituyeron las formas «ilegales» de aniquilación por consejos de guerra «fríos», empleados ya desde los días del golpe.

Este artículo ha evidenciado los mecanismos del proceso de toma de decisiones de los sublevados que condujeron al asesinato en masa de una parte de la sociedad española en 1936. También ha identificado a los individuos responsables: los generales Mola, Franco y Queipo de Llano fueron sus principales artífices. Aunque en retrospectiva el papel de esta troika difícilmente sorprenda, su éxito y protagonismo en la configuración de la política de violencia sistemática distaron mucho de estar predeterminados. La idea de realizar una depuración a fondo de la sociedad española mediante la eliminación física de un número indeterminado de oponentes políticos pudo haber existido en las mentes de algunos conspiradores antes de julio de 1936; sin embargo, esta intención exterminadora carecía de un plan de implementación. Solo en el contexto de unas prácticas bélicas degeneradas y de una cadena de acontecimientos específicos pudo materializarse una política de exterminio explícita y con métodos concretos. Hacia finales de julio, los sublevados ya habían dado pasos hacia este desenlace en las dos zonas bajo su control. Las decisiones claves fueron adoptadas por Mola en Burgos los días 29 y 30 de julio de 1936; pero fue el intercambio de ideas, el aliento mutuo y la validación entre los tres máximos responsables lo que explica el resultado y el proceso de implementación gradual y expansiva de la política de exterminio durante agosto de 1936.

Aunque los sublevados adoptaron rápidamente una política protoestatal de destrucción metódica del enemigo, no había habido consenso sobre la misma entre los distintos componentes de su coalición. Quienes expresaron desacuerdos o mostraron reticencias a su aplicación, como Cabanellas, fueron sistemáticamente marginados y perseguidos. El ascenso al poder de Franco entre julio y septiembre de 1936, y la consolidación de Mola y Queipo como figuras dominantes en el norte y el sur peninsulares, acompañaron el recrudecimiento de la política represiva. Esta fragmentación parcial del poder influyó asimismo en las prácticas de represión. La política exterminadora de los sublevados reflejó las personalidades de sus arquitectos. El terror de Queipo se caracterizó por la improvisación y una sorprendente explicitud pública en relación con las prácticas asesinas, evidenciando así su carácter extrovertido y voluble. Los métodos altamente secretos de Mola para asesinar en masa mediante paseos y sacas eran una muestra de su temperamento introvertido y metódico. Las columnas africanas de Franco, en su avance hacia Madrid, llevaron a cabo una guerra de exterminio con el objetivo de «limpiar» a fondo el territorio, revelando así una personalidad cauta pero ambiciosa. Estas tres expresiones de las prácticas de exterminio coexistieron y se superpusieron durante el verano de 1936. Mientras que el terror más explícito de Queipo tuvo que ser reemplazado

por un modelo más funcional propuesto por Mola, la estrategia represiva de Franco subordinó el proceso de exterminio a las necesidades bélicas y a su afán de poder.

No solo las intenciones asesinas, las personalidades y las ideologías radicales de los responsables del proceso de decisiones determinaron el proceso de exterminio. Los sentimientos de euforia y de fe en la victoria, más que el deseo de venganza, también le dieron impulso. Ciertas decisiones de los comandantes africanistas sobre el terreno de operaciones abrieron nuevas vías para la radicalización de la política represiva. Aunque las preocupaciones por la seguridad del territorio y las cuestiones de estrategia militar determinaron la adopción de una política eliminacionista, la percepción de las atrocidades del enemigo y el respaldo moral de la Iglesia católica reforzaron la determinación destructora de los cabecillas del bando rebelde. Desde los primeros pasos radicalizadores dados por Queipo, la ruta asumida determinó una escalada que se materializó en decisiones cada vez más brutales. Los condicionantes del poder, sobre todo la ayuda de los regímenes fascistas monopolizada por Franco, y las pugnas políticas que concentraron poder en manos de actores implacables como Mola, sentaron, durante el verano de 1936, los cimientos de una política de exterminio que sería la base fundacional de la dictadura de Franco.

Nota de la RUHM

Este artículo fue publicado originalmente como «The path to mass murder: Rebel decision making and Francoist power in the Spanish Civil War», *The Journal of Modern History* 95, n.º 3 (2023). <https://doi.org/10.1086/726130>. Su traducción y publicación han sido posibles gracias a la cesión de los derechos correspondientes por parte de The University of Chicago Press y a la cortesía del autor.